

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

YO COBRO, TU CALLAS, ELLOS PAGAN...





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

YO COBRO, TU CALLAS, ELLOS PAGAN... (M. P. SAVAGE-13)

Colección ¡KIAI! n.° 50 Publicación semanal

¡KIAI!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS —

MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

45 — Puños invencibles —*Lou Carrigan.*
46 — El paraíso de las fieras —*Ralph Barby.*
47 — Isla de la calavera —*Curtis Garland.*
48 — El reclamo —*Clark Carrados.*
49 — El enemigo invisible —*Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 38.324 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1977

© Ralph Barby — 1977
texto

© Miguel García — 1977
cubierta

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La selección italiana de fútbol llegó a Londres por vía aérea. En el London Airport, un buen número de periodistas deportivos ingleses, italianos, alemanes, franceses y españoles, recibieron a los muchachos italianos que se disponían a disputar el comprometido partido de fútbol con la selección alemana.

Había un empate que deshacer, para seguir adelante en la Copa de las Naciones y el campo debía ser neutral; por ello, la UEFA había escogido el campo de Wembley.

Los jugadores latinos estaban bien preparados. Vencer a los germanos no era cosa fácil, pero por su aspecto sonriente no parecía preocuparles demasiado.

Una procesión de taxis les condujo al hotel. Los italianos reían, todos eran jóvenes, el promedio sería de veinticinco años, no más. Estaban en el esplendor de la vida, en la cumbre del éxito.

Les mimaban sus respectivos clubs, sus entusiastas seguidores, y los millones, aunque fueran de liras, entraban fluidos en sus cuentas corrientes. Podía decirse que eran seres afortunados, mimados por el dios del dinero. Cuando siete u ocho años más tarde se retiraran del fútbol, si es que una mala lesión no los retiraba antes, nadarían en la abundancia económica. Todos ellos podrían tener negocios particulares, cafeterías, *pubs,* clubs de tenis, comercios de deportes o representaciones de casas comerciales diversas.

Todos ellos tenían el problema económico resuelto; eran la flor y nata del deporte italiano y lo mismo ocurría con los alemanes o los deportistas ingleses que asistirían al desempate, o los franceses y españoles que lo verían por televisión.

Cenaron frugalmente en el confortable hotel de cinco estrellas. Había jardines alrededor y todo parecía magnífico.

— ¡No quiero tonterías! —les dijo el entrenador—. ¡Mañana por la tarde es el gran partido y hay que descansar, nada de bambinas! Hay que salir al campo con mala leche, si puede ser, agria. ¿Comprendido? Esa es la forma de tener furia... Cuando hayamos vencido a los alemanes, yo haré la vista gorda y cada cual que se libere como le venga en gana, pero antes, en el campo, hay que poner rabia y cuando uno se acuesta con una bambina, pierde el empuje. A los alemanes hay que ganarles por furia, a la española. Para vosotros, la portería alemana ha de ser la Sofía Loren, la Gina o la Laura Antonelli; tenéis que correr hacia ella y meteros de cabeza si podéis y si no lo hacéis, es que sois unos impotentes, unos cabrones que no servís para meterla en ninguna parte...

El entrenador, un tipo muy hablador, tenía una forma muy particular de expresarse. Sus pupilos eran hombres jóvenes llenos de vigor, de potencia, y quería sacar de ellos el máximo rendimiento. Los jugadores ganarían suculentas primas, pero el entrenador obtendría prima doble y, por si fuera poco, continuaría en su puesto.

Después de la cena, en una sala del propio hotel, les pasaron una sesión privada de cine. La película no era *cochon* pero poco le faltaba. El entrenador deseaba tranquilizarlos pero a la vez excitarlos, en la confianza de que al día siguiente saldrían furiosos al césped del campo de Wembley.

Fianco, el entrenador, los había aparejado astutamente para que ninguno de sus jugadores descansara solo en la habitación. Un hombre frío con otro más temperamental, de este modo se aseguraba la tranquilidad en cada uno de los cuartos.

Quería que se fueran a dormir excitados, que tuvieran pesadillas, en cierto modo, y que al día siguiente se calmaran con duchas frías. Después, en el campo, darían el máximo de rendimiento y a la noche, después de vencer a los alemanes, si es que lo conseguían, podrían utilizar cuartos individuales para encerrarse con bambinas si así lo deseaban. Luego ya regresarían a Italia más frescos y sedados.

Piero era un excelente profesional que había dado muchos triunfos a su club y a su selección nacional. Se había sacado el carnet de entrenador y en tres temporadas, poco más o menos, esperaba dejar el fútbol como jugador y pasar a entrenador. El entrenador Flanco confiaba en el cerebro de Piero y en la fogosidad de Gino, el más joven del grupo y, según toda la Prensa europea, el futbolista que más prometía. El hombre punta, el hombre-gol.

Fiero y Gino debían compartir el mismo dormitorio, y mientras Piero fumaba pensativo, Gino sonreía y se movía nervioso de un lado a otro de la habitación. Tocaba los controladores del hilo musical, de la

temperatura, las luces, y si se acercaba a los periódicos que tenían en abundancia, era para mirar las fotografías, no para leer ningún artículo. Su nerviosismo le impedía concentrarse; sin embargo, parecía muy alegre.

— ¿Te puedes estar quieto de una condenada vez?

Gino miró a Piero que se hallaba tendido sobre la cama y fumando un Cigarro y preguntó:

—Pero ¿qué te pasa, te haces viejo? —Y soltó una carcajada.

Piero lo miró, primero con un relámpago de enfado en sus pupilas; después, con más filosofía, se enfrió.

—Es mejor que descanses.

—Oye, Piero, yo me largo.

— ¿Te largas?

—Sí, por ahí. —Y señaló la ventana.

—No seas estúpido, Gino. Si te descubren, te pondrán una multa que se te van a caer los pantalones.

— ¿A mí, a Gino? —se rio muy fuerte, provocativo—. No será tanto. Te ponen la multa si pierdes; pero si ganas, todo se olvida.

—Es que todavía no hemos ganado, Gino —le recordó Piero, cargado de experiencia.

—Vamos a ganar. Los alemanes son más altos, pero nosotros tenemos la mala leche como dice Fianco. Ganaremos, lo que pasa es que tú te haces viejo, Piero, viejo.

—Y tú esperas que el nueve de mi camiseta pase pronto a la tuya, en la selección nacional.

— ¡Hombre, es ley de vida!; ¿no? Pero, no es nada personal, tú eres el mejor para mí, Piero, te veo como a un padre.

— ¿Y por qué no como a un hermano?

— ¡Je, je!, te molesta que te llamen viejo, ¿eh?

—Sólo tengo treinta y un años.

—Y yo veintitrés, me llevas ocho.

—Pues a los ocho años aún no estaba para acostarme con ninguna bambina.

—Mira, Piero, me voy a ir por la ventana. He quedado con Martetti y Sardo en el jardín; allí nos reuniremos. Sardo dice que conoce un club fantástico, exclusivo, no apto para toda clase de públicos. Es de esos que has de entrar con contraseña y todo. No nos verá nadie, ni uno sólo de esos asquerosos fotógrafos. Tomaremos unas copitas y regresaremos al hotel.

—Es tu problema, Gino, pero si te emborrachas, mañana tendrás resaca.

—Eso se quita con una inyección de cafeína. ¿Crees que soy tonto?

—No es bueno que te drogues, te desdrogues y te vuelvas a drogar.

— ¿Quién habla de drogas? El café es sólo un estimulante y todo el mundo lo toma.

—El alcohol es una droga.

— ¡Coño! ¿Y fumar ese cigarrillo que tú fumas, no lo es?

—Sí, es posible que a los sesenta años tenga cáncer de pulmón o algo por el estilo, pero no me restará fuerzas, mañana, para jugar contra los alemanes.

—Mira, Piero, mejor te guardas tus consejos, ¿eh? Ya soy mayor cito.

—Haz lo que quieras; yo no pienso decir nada.

—Mejor así. No me dirás que tú no te escapabas, también, por la ventana de los hoteles cuando eras más joven.

—Y ahora también me escaparía, estúpido. ¿O crees que a mí edad se termina la virilidad?

Gino tuvo el impulso de propinar un puñetazo a Piero al que admiraba y al que deseaba quitar el puesto al propio tiempo, pero se contuvo con los puños cerrados y se echó a reír, rompiendo la tensión.

—Palabra de Gino que si encuentro compañía sólo haré una carrera, ¿comprendes?

Sólo una cabalgada, y yo puedo hacer tres carreras por lo menos...

— ¡Anda ya! Si te coge Fianco será tu problema.

Gino extrajo de su bolsa de viaje una cuerda con nudos y un fajo de billetes que mostró a Piero.

— ¡Fíjate, son libras esterlinas! Todo está previsto, un poco de juerga y mañana a ganar.

—Eres muy joven, Gino. La vida te ha de enseñar muchas cosas.

— ¿Como qué, viejo?

—Mejor que las aprendas por ti mismo. Ahora ves dinero fácil y luego te darás cuenta de que tienes que soltar pasta por todas partes.

—Mira, Piero, engancharé la cuerda al radiador. Tú no la toques, porque volveré a entrar por aquí.

—Lo que tú digas.

Piero observó a Gino, con un filosófico desinterés. Piero tenía problemas; el entrenador ya lo había notado.

Gino desapareció por la ventana, deslizándose por la cuerda llena de nudos que ayudaba a que las manos se pudieran sujetar. Piero se desinteresó por la fogosidad y deseos de divertirse de su joven compañero.

Pasó poco más de media hora, cuando llamaron a la puerta. Piero, desde la cama, miró hacia la hoja de madera. Vaciló, mas como el timbre insistió, se levantó para abrir.

— ¿Qué quiere?

—Le traigo su encargo, señor —dijo un camarero de raza oriental. Llevando una bandeja, penetró en la habitación.

— ¿Eh?; ¿quién ha hecho el encargo?

— ¿No es ésta la habitación dos, dos, cuatro?

Piero miró hacia la puerta donde estaba el número grabado en una placa roja de plástico.

—Sí, pero...

Piero se acercó al camarero, que acababa de depositar la bandeja sobre la mesita. De pronto...

— ¡*Kiaiii!*

El ataque del oriental cogió totalmente desprevenido al futbolista, cerebro de la selección italiana.

El asiático, empleando la técnica del *Tae Kwon Do,* voló por el aire, desconcertando a Piero y le golpeó con el talón que iba calzado con zapatillas de caucho.

El impacto del *Ap chaki* encajó entre sus cejas, por encima de la nariz, con una precisión absoluta que le conmocionó, derribándole. Piero no tuvo defensa ante el maligno ataque del *budoka,* es decir, no podía ser un verdadero *budoka* aunque síconocía las técnicas de las *Artes Marciales Orientales.*

Piero quedó a merced de aquel oriental que, un instante antes de lanzar su *kiai,* le sonreía plácidamente, pero luego, la transformación fue brutal y rotunda.

El asiático se aseguró de cerrar la puerta. Cogió a Piero por las axilas y lo llevó hasta la cama que había estado ocupando y que conservaba el calor de su cuerpo.

El oriental observó el cuerpo del deportista. Cerró el puño, lo alzó, y empleando la técnica secreta del *hiho,* le aplicó un *kentsui* justo sobre el hígado.

Piero siguió inconsciente, sin moverse sobre la cama, ignorante de que acababa de ser víctima de la técnica del *sho-nen-goroshi,* la muerte a plazo fijo, en aquel caso un año.

Si aquel asesino *karateka* que empleaba técnicas ocultas y secretas había precisado en el punto exacto del cuerpo de su víctima y el golpe había sido adecuadamente contundente, Piero moriría en el plazo de un año, pero mucho antes comenzaría a sentirse mal, a sufrir intensos dolores que lo torturarían y él no sabría el porqué de su estado, ya que el golpe que recordaría sería sólo el recibido entre las cejas por un talonazo de *Tae Kwon Do.*

El asesino trabajó con fría eficacia oriental, sin precipitaciones.

Descorchó una botella de whisky que acercó a la boca de su víctima, oprimiéndole entre los dedos las ventanillas de la nariz. Le

obligó a tragar una cantidad no excesiva de licor. En medio de su inconsciencia, Piero tosió.

El oriental le mojó la camisa y algo de la almohada, con whisky. Después fue al cuarto de aseo y vació el resto de la botella en el retrete. Desaguo el depósito haciendo que la bebida se la llevaran las tuberías y regresó al cuarto, dejando la botella tumbada al pie de la cama, con el corcho.

Recogió la bandeja y abandonó el dormitorio, cerrando tras de sí como si nada hubiera ocurrido. Su objetivo estaba cumplido, sólo cabía esperar que el *sho-nengoroshi* resultara perfecto.

Mientras, en un *night-club* muy exclusivo y reservado, pequeños y sin rótulos luminosos que lo anunciaran y sólo para gente económicamente fuerte, los tres deportistas italianos gozaban, si es que se podía llamar gozar a permanecer allí. Lo que sí sabían era que estaban a salvo de posibles periodistas molestos que en una denunciante fotografía pudieran sacarlos en primera página de los periódicos. Si eso ocurría, Fianco no iba a perdonarles.

La pista era casi circular y las mesitas se hallaban materialmente encima de ella. Los números a representar eran equivalentes a lo que podía verse en el cine *cochon,* más subido de tono, más danés, y los que estaban en primera fila, si las chicas actuantes se ponían a su alcance, las acariciaban.

Incluso, en uno de los números, uno de los italianos se prestó voluntario y con una botella en la mano completó el número en medio de carcajadas generales, pues la chica resultó muy juguetona.,

A la mesa de los tres italianos se acercó una mujer alta, joven, muy segura de sí, elegantemente vestida, una mujer que dominaba con su mirada, con el gesto de su busto erguido y firme.

—*Buona sera, bambinos.*

Los tres se la quedaron mirando. Martetti, sin soltar la botella de su mano, opinó:

—Esta parece de clase superior, ¿eh?

—Claro que sí —aprobó Sardo alargando su mano para intentar coger uno de los pechos de la mujer. No lo consiguió; ella, sorpresivamente, dejó caer el canto de su mano en un *shuto uchi* que dio en la unión del cubito y el radio con la muñeca del italiano.

Sardo dio un respingo de dolor, como si hubieran pasado diez mil voltios por el lugar castigado.

— ¡Mala perra, te voy a...!

—No seas estúpido, Sardo —le dijo la propia mujer—. Yo no soy género de la casa.

— ¿Ah, no, y quién mierda eres?

—De mierda, nada —corrigió Martetti—, Es calidad superior.

Gino, más cauto, bebió un trago de whisky y preguntó:

— ¿Quién eres, encanto?

—Bianca.

— ¿Italiana?

— ¿Qué importa? Soy Bianca.

—Si no eres del club, ¿qué haces aquí?

—No seáis niños, no he venido sola. Además, sé protegerme. He venido a contrataros una póliza de vida —dijo abriendo el bolso que llevaba. Sardo, al que todavía le dolía la muñeca golpeada, se echó a reír.

— ¿Una póliza de seguros? —Continuó riendo—. ¡No te fastidia...! Mira, mejor nos vamos a la cama, Bianca.

La mujer no parecía amilanarse por lo que pudieran decirles: iba a lo suyo. Sacó unas hojas impresas y leyó:

—Aseguradora Internacional de Vidas y Accidentes La Valetta. Todos los deportistas importantes firman; futbolistas, corredores de bólidos, boxeadores, tenistas, jugadores de golf, rugby, baloncesto, todos los famosos, y vosotros sois famosos ahora. Necesitáis una póliza de La Valetta.

—Oye, Bianca, no irá en serio eso de la póliza de seguros, ¿verdad? —preguntó Gino mientras en la pista comenzaba otro número de *strip-tease a trois.*

— ¿Has dicho La Valetta? —inquirió Martetti, poniéndose pálido.

—Exactamente, La Valetta. Recibiréis las instrucciones para pagar vuestras pólizas trimestrales; os será fácil hacerlo con giros telegráficos, todo legal y, a cambio, os será enviado el recibo correspondiente.

—Pero, ¿quién te ha dicho que vamos a contratar una póliza de seguros? — preguntó Sardo.

—Un momento... —pidió Martetti—. Eso es cosa de la Mafia, ¿verdad?

— ¿Mafia, quién ha mencionado a la Mafia? —preguntó Bianca, con la mayor ingenuidad o desfachatez del mundo.

—Esto es *racket* —gruñó Martetti.

—Os conviene firmar. Ya sé que esta noche andáis algo alegres; os hemos venido siguiendo, en fin, ahora os entrego los impresos. Si os parecen bien, los firmáis y los enviáis a la dirección que se os indica. Si no estáis convencidos, dentro de unos pocos días volveremos a vernos. Quizá no sea éste el mejor momento para haceros el contrato, habéis bebido y no os tomáis nada en serio, pero podéis creerme, el que no firma se ve expuesto a un accidente digamos muy desagradable y entonces, se terminó el deporte, la fama y los millones.

— ¿Nos estás amenazando? —mascculló Sardo, sombrío.

—Todos los importantes que saben lo que les conviene, pagan. Por cierto, hay un compañero vuestro que ha decidido dejar de pagar después de haber firmado el contrato hace ya mucho tiempo y ahora comenzará su declive. Dentro de un año iréis a su entierro.

Gino, escéptico, preguntó:

— ¿Es una profecía?

Martetti, que ya había oído hablar de la Aseguradora Internacional La Valetta, interrogó:

— ¿Cuánto hemos de pagar?

— ¡Eh, eh, Martetti! Yo no pago a esta puta por muy fina que sea —advirtió Sardo, con un gruñido.

—Pagaréis en dólares, dos mil cada trimestre y unas primas especiales, al cobrar vuestras fichas anuales.

— ¡Oye, Bianca, si te crees que tú y tus hijos de perra me vais a asustar...!

— ¡Quieto, Sardo, no la toques! —le pidió Martetti.

—Podéis decidiros cuando queráis, sabemos esperar, pero vuestra póliza comienza a tributar a partir de esta noche y no se olvidan los atrasos.

— ¿Y si te denunciamos a la policía? —preguntó Gino.

— ¿A la policía? Pero ¡qué ingenuo eres, bambino!; ¡sólo os estoy proponiendo un seguro de vida, nada más!

Todo lo que decía la encantadora Bianca no parecía tener demasiada trascendencia; sólo Martetti se la tomaba en serio.

— ¡Mira lo que hago yo con tu póliza! —exclamó Sardo.

El futbolista se puso en pie. Cogió la hoja impresa, se separó ligeramente los pantalones por la parte de la espalda e introdujo el papel hacia abajo.

En aquel instante, como respondiendo a una orden concreta, se apagó la luz de todo el local,

Se alzaron algunas protestas y voces confusas, en distintos idiomas. Se encendieron algunos mecheros y se escucharon quejidos de dolor. Gino y Martetti también encendieron sus mecheros. Apenas se veía.

— ¡Sardo, Sardo! —interpeló Martetti.

Se encendió la luz general; de nuevo los focos multicolores coincidieron en la pista donde las tres actuantes se dispusieron a reanudar su número de *strip-tease.*

— ¡Martetti, mira a Sardo! —exclamó Gino.

Sardo estaba en el suelo, medio inconsciente. Cuando se recuperó algo, aulló de dolor, con tal fuerza, que llamó la atención de todo el local.

— ¿Qué sucede? —preguntó el *maître.*

— ¡Mi pierna, mi pierna, la tengo rota! —exclamó Sardo, entre dolores difíciles de soportar.

En el rostro de Martetti se reflejó una honda preocupación y el miedo. La pierna de su compañero estaba rota, torcida, incontrolada. Había sido una convincente advertencia de la Aseguradora La Valetta y así lo comprendió Martetti que tomó el impreso que le correspondía y se lo guardó en el bolsillo.

Por su parte, Gino buscó con sus ojos a la bella Bianca y no la encontró. Había desaparecido y ¿quién podía acusarla de lo que acababa de ocurrirle a Sardo, al que ya cabía considerar baja segura para el partido contra Alemania? ¡Cómo se iba a poner Fianco al enterarse de lo que le había pasado dentro de un *night club cochon!*

Todo se tornaba negro, a causa de la tormenta que se les venía encima. Sardo no podría jugar, por lo menos en dos meses, y eso iba a costar mucho dinero al club y también al propio Sardo que no cobraría primas.

—Saquémoslo de aquí, vamos —gruñó Martetti—. Diremos que ha sido un accidente en la calle.

—Por favor, caballeros, llévenselo de aquí, no queremos problemas con la ley — apremió el *maître.*

Entre Gino y Martetti se dispusieron a sacar a Sardo del local nocturno, ayudados por dos camareros; pero una vez en la calle, la puerta del club se cerró, nadie quiso saber de ellos. En aquel momento comenzó a lloviznar y sus rostros empezaron a mojarse.

— ¡Taxi, taxi!

CAPÍTULO II

El jefe de cirugía de la Clínica Montobene, una clínica exclusivista y especialmente destinada al servicio de los deportistas, a través del humo del cigarrillo que fumaba observó a los tres hombres que se hallaban sentados al otro lado de la mesa blanca con superficie de cristal que tenía en su despacho.

El cirujano hablaba despacio, sin nervios, y fumaba con una ampulosidad que pretendía ser elegancia. Era un hombre que en cada gesto procuraba mostrar sus manos, sus dedos, de los que parecía tan orgulloso como de las palabras que brotaban de su boca y de las que sus propios oídos no perdían una sola sílaba.

Los tres visitantes eran muy diferentes entre sí. A uno de ellos ya le conocía, era Gino, un futbolista muy brillante y con mucho porvenir. Le había atendido en tres o cuatro ocasiones, todo problemas sencillos, sin trascendencia.

El segundo de los hombres era la representación de la ancianidad misma, pero no una ancianidad decadente, con degradación senil, una ancianidad de abotargamiento y casi subnormalidad, sino todo lo contrario. Aquel anciano, obviamente un oriental, tenía luenga barba blanca como los cabellos que caían sobre sus hombros. Su aspecto y su gesto eran de extraordinario pacifismo. Su piel, llena de grietas, reflejaba una gran carga de años que no se le hacía pesada. Los ojos pequeños, apenas visibles, estaban cargados de serenidad y sabiduría; sin embargo, no había en ellos el menor hálito de arrogancia o suficiencia.

El tercer personaje también tenía una actitud serena, Sus ojos eran grandes y sus pupilas, verde esmeralda brillante, unos ojos que en la oscuridad refulgían como los de un felino. Alto, elástico, brazos y piernas largas, no había tensión en sus músculos.

Su mandíbula era fuerte, destacada y su pelo abundante, negro, lacio y cortado en fleco caía sobre la amplia frente. Había un algo de orientalismo en él aunque ni siquiera un antropólogo podía asegurar si era blanco, oriental, o si llevaba mezcla de las dos sangres en sus venas. Aquel hombre que vestía chaqueta sport y camisa con cuello de cisne era Moses Pacific Savage.

—Lo cierto, señores, es que Piero comenzó a hundirse, cuando el tristemente célebre *match* contra Alemania, en Londres. La selección italiana hizo el ridículo, ¿no es cierto, Gino?

—Sí, doctor —admitió Gino—. Jugamos muy mal. Sardo se rompió la pierna la noche anterior y se deshizo el bloque que había preparado

nuestro entrenador. Luego, en medio del campo, Piero no acertó una y nos hundimos

—Exactamente. La verdad es que aquel mismo día, Piero comenzó a notar su maligna dolencia del hígado. Después, empezaron los dolores. Le hicimos una revisión en esta misma clínica y el resultado fue negativo. Piero no tenía nada malo. Se llegó a creer que sufría una ligera neurosis. Alguien hizo correr que Piero se había entregado a la bebida. Lo cierto es que su rendimiento bajó de forma estrepitosa, hasta el punto de que fue apartado de su propio equipo. Se dijo que pasaba por una difícil hepatitis y que necesitaba reposo, pero no era cierto, Piero no tenía hepatitis.

El doctor esperaba que Moses Pacific Savage o el anciano oriental dijeran algo, pero le escuchaban en silencio y él prosiguió:

—Los dolores le fueron aumentando, porque entre otras cosas sufría una crisis psicológica. Se le volvió a revisar y sí se le notó una hinchazón extraña en el hígado, pero nada más y entonces se produjo la desagradable sorpresa: Piero intentó quitarse la vida. Le trajeron a la clínica; el intento de suicidio quedó abortado y viendo su estado depresivo crónico, consideré oportuno hacer un examen a fondo de su dolencia, hasta ese momento considerada imaginaria.

— ¿Y qué encontró, doctor? —preguntó, esta vez, M. P. Savage.

—Bueno, yo estaba seguro de que era una dolencia imaginaria. Hay más enfermedades imaginarias de las que se suponen, dejo a un lado ya la psicosomática. El caso es que la situación se presentaba óptima para un examen a fondo y lo llevamos al quirófano. No crean que fue una decisión particular; estaba el presidente de su club, los familiares y varios especialistas para observar y poder diagnosticar. El caso es que no tenía inflamación por cálculos ni cirrosis, ni siquiera lo que todos temíamos, el maligno cáncer. Se sacaron muestras y no se encontró nada de ella; sin embargo, su hígado había comenzado a descomponerse, estaba dañado y, por lo que se podía observar, la degeneración era progresiva. Una enfermedad nueva para nuestra medicina occidental. ¿Qué opina usted? —preguntó, encarándose con el anciano oriental.

—La ciencia de Oriente es distinta a la occidental, aunque hay que admitir que Oriente está asimilando muchas de las técnicas de Occidente.

—Gracias por admitirlo. ¿Es usted un *guru,* acaso?

El anciano se limitó a sonreír beatíficamente. M. P. Savage quiso concretar, entonces:

— ¿De modo que no está diagnosticada la enfermedad de Piero?

— ¡Bueno, yo no he dicho tanto! Sólo digo que le estamos estudiando para diagnosticar con precisión, claro que llevamos a cabo un tratamiento especial para que no se repita la situación de depresión

psíquica y no reincida en el suicidio. Como deportista, es un hombre acabado y no es el único caso en que después de recibir el mimo de la fama, no se resigna a pasarse sin ella. Para muchos hombres de éxito, los gritos de aliento, el público, sus aplausos, son una verdadera droga sin la cual no pueden vivir.

—Si a usted le parece bien, ¿podríamos hacerle una visita? —sugirió, muy comedido, el anciano oriental.

—Sí, ¿por qué no? ¡Más visitas que ha recibido ya...! Al principio —fue explicando, mientras se levantaba de su asiento— venían muchos periodistas, amigos, hinchas. Les contuvimos a todos, pero fueron pasando las semanas y los periódicos ya no hablan del caso Piero, a partir de ahora será sólo lo qué un día fue. « ¿Te acuerdas de Piero?», se dirán unos aficionados a otros. Vengan, vengan conmigo.

El cirujano se puso al lado del venerable anciano que no declaraba sus valores abiertamente. El médico no encontraba réplicas en aquella sabiduría oriental hecha carne, porque se daba cuenta de que no era un anciano incapaz de elaborar nuevas ideas.

—La verdad es que la ciencia oriental tiene cosas importantes, pero se quedaron ustedes anclados en el tiempo —le dijo—, y la medicina occidental avanza, especialmente la cirugía.

—La cirugía, aún en Occidente, va en retroceso.

Al cirujano le molestó aquella observación, pero ya llegaban a la habitación en que se hallaba recluido Piero.

—Bueno, aquí está.

Dentro de la habitación había una enfermera alta, esbelta, de pechos prominentes, una enfermera que parecía especial para una clínica de pacientes millonarios.

Al inclinarse para mirar una temperatura, podía rozar con sus senos al paciente y así hacerle subir la moral. La enfermera miró rápidamente al cirujano jefe, un hombre alto y muy cuidado; un hombre por el que todas las enfermeras suspiraban, probablemente, pero al ver pasar por la puerta a M. P. Savage, desvió automáticamente su mirada y sus ojos se posaron en la figura varonil, elástica y muy alta de Savage.

— ¿Cómo sigue el paciente? —El cirujano, tras la pregunta, observó que la enfermera no le prestaba atención y repitió—: ¿Cómo sigue el enfermo?

— ¡Ah, sí, doctor!; estable... Temperatura y presión no varían.

—Bien, bien —soltó, por decir algo.

El anciano oriental preguntó:

— ¿Puedo tomarle el pulso?

—Sí, claro, si sólo es tomar el pulso. No será usted uno de esos *gurús* tibetanos que aseguran ver el aura de las personas, ¿verdad?

El anciano de larga barba no respondió. Cogió las dos manos de

Piero que por su régimen posoperatorio se hallaba inconsciente, en un estado de semicoma, y le tomó el pulso de ambas muñecas a la vez pero en forma sustancialmente distinta a como lo hacían los médicos occidentales.

Savage observó al anciano que había cerrado los ojos para concentrarse. Pasaron los minutos y el cirujano comenzó a impacientarse.

Al final, el anciano soltó suavemente las manos y dijo:

—*Hiho.*

— ¿Cómo ha dicho?

El anciano miró entonces al cirujano a los ojos y con voz clara y pausada, dijo:

—Aunque traten de salvarlo, no lo conseguirán; morirá en el plazo de nueve a diez meses. Tendrán que proporcionarle calmantes porque los últimos tiempos serán muy dolorosos para él. Será un final parecido a los síntomas de un cáncer doloroso.

— ¡Vaya, ya ha hecho su diagnóstico! Conque nueve o diez meses, ¿eh? ¿Y si logramos salvarle, qué dirán, entonces?

—Que han vencido ustedes al *hiho.*

Media hora más tarde, a bordo de un «Fiat» 132, Gino, que era quien conducía, preguntó:

— ¿Qué es, exactamente, eso de *hiho?*

El anciano miró a Savage. Este, comprendiendo, aclaró:

—Es una palabra oriental; japonesa, exactamente.

— ¿Es cierto que Piero morirá en ese tiempo?

—Irremediablemente, lo han asesinado a plazo fijo —afirmó el anciano.

— ¿Es verdad que se puede matar a plazo fijo?

—Sí —asintió Savage—. Hay ciertos sujetos, muy pocos, porque es una técnica secreta, capaces de matar a plazo fijo, un año, tres o diez, según desee el asesino, sin que la víctima se entere de que ha sido ejecutada porque la ejecución se realiza en el momento mismo de recibir el impacto asesino: Luego, sólo hay que esperar y, aparentemente, en el instante de recibir el golpe, apenas duele.

—Cuando Piero empezó a encontrarse mal, lo descubrí en su cama, con una botella de whisky. Parecía que había bebido. Al día siguiente, cuando despertó, no quiso que habláramos de nada. Se duchó y se preparó para jugar pero no estaba bien, todos lo vimos.

—Gino, es mejor que seas sincero. Me llamaste diciendo que tenías un asunto importante que denunciar. Sabemos que existe un *racket* internacional en el que los deportistas millonarios sois las víctimas, también los cantantes de moda, actores de cine; en realidad, todos los que ganáis millones. Sois las presas escogidas por esos

buitres del *racket* internacional.

Gino, que conducía con cierto desenfado, provocando algunas situaciones de peligro, dijo:

—Son como una Mafia. Bueno, a lo peor dependen de la *Cosa Nostra* norteamericana. En un principio confieso que no tomé en serio a Piero, pero como también le partieron la pierna a Sardo...

—Puedes estar seguro de que Piero ha sido ejecutado por un *karateka* muy especializado. Los hombres de la aseguradora parecen hacer las cosas con mucha técnica para no dejar huellas. Hay que denunciar a esa aseguradora.

— ¿Y a quién se le denuncia? La central de la compañía está en la isla de Malta y se llama La Valetta. ¿Quién se arriesga?

—Hace falta que una de las víctimas los acuse.

—Pero ¿a quién? —insistió Gino nervioso, esquivando a otro coche con el que estuvo a punto de chocar.

—Sé perfectamente que no dejan un hilo suelto, pero se les puede denunciar públicamente a través de la televisión y los periódicos. De esta forma, todos los que sois víctimas os podéis unir y hacer un frente para negaros a pagar. Esa es la única manera de libraros del *racket* a que os someten.

—Sí, un *racket* al estilo de Al Capone en Chicago, pero ya han pasado muchos años de eso.

—Hay un estilo nuevo. Ahora no se usan las metralletas, no se dejan huellas ni pistas.

—Muchacho, escucha a Savage. Él sabe cómo luchar contra gente de esa clase — sugirió el anciano.

—Pero, si yo doy la cara, seré yo quien sufra los golpes, y después de lo que le han hecho a Piero...

—Para comenzar a luchar contra esa clase de gente que no se puede llevar a unos tribunales concretos, hay que dar la cara. Al parecer, Piero estuvo pagando y cuando dejó de hacerlo, lo ejecutaron. Correrás un riesgo, Gino, y no te podré asegurar que no te maten. Ellos saben luchar.

—Por lo menos la policía, cuando quiere que seas testigo, te protege —gruñó el futbolista—. No es que tenga miedo, pero si esos tipos son especialistas en matar con *Karate...*

—Te pondré un vigilante; una especie de guardaespaldas que no te cobrará una lira.

— ¿Y quién será mi protector; el viejo?

Savage no quiso replicar a aquella observación le mal gusto, por parte del deportista. Gino era joven, nervioso, y tenía una educación muy primaria aunque fuera un triunfador en las canchas del fútbol europeo.

—Estoy seguro de que no eres un cobarde, Gino, y como alguien tiene que dar la cara, vas a ser tú y harás lo que te diga.

— *¡Merda!*

La interjección de Gino, tras las palabras de Savage, reflejaba el profundo malhumor del futbolista italiano.

— ¡Anda, para, que tenemos que apearnos!

El frenazo fue muy brusco; sin embargo, ni Savage ni el anciano salieron despedidos. Ambos dominaban sus cuerpos en forma inconsciente y en todo momento.

—Nos veremos —le dijo Savage.

El «Fiat» 132 se alejó, rápido. El anciano y Savage quedaron junto a la acera de la vía romana de Arenula.

— ¿Qué te parece, *Sensei?*

El anciano suspiró ligeramente, y echó a andar. Tenía el paso corto y rápido sin ser nervioso.

—Puedes estar seguro de que seguirá tus indicaciones, pero no lo presiones. Es un hombre nervioso, repleto de vitalidad incontrolada; debería aprender a dominarse. Practicar un poco de *Yoga* le beneficiaría mucho.

—*Sensei* —prosiguió Savage caminando a su lado con paso más largo y pausado—.Tengo un plan pero es muy directo. Quisiera tu consejo.

—Poco puedo decirte yo, Savage. Tú eres un hombre de acción y actúas en forma abierta, dando la cara, desafiando, Somos distintos; yo soy un sujeto pasivo y tú lo sabes.

—Pero tienes la sabiduría de la experiencia, *Sensei* —le dijo, con humildad, sin ningún atisbo de adulación.

—Puedo decirte que esos sujetos que practican la extorsión, esa especie de chantaje que los hombres de Occidente llaman *racket,* es decir, pagar un proteccionismo impuesto por la fuerza bajo la amenaza de ser dañados si no aceptan, son seres infames que luchan contra la esencia de la libertad misma.

—Sólo atacándolos directamente podremos eliminarlos. Cometen un crimen a escala internacional, buscando a los sujetos que conocen la fama y la fortuna, como víctimas propicias.

—Esa postura no es nada nuevo, Savage. Deja caer una gota de miel dentro de una maceta, y allá acudirán las hormigas. Deja un pedazo de carne colgando de un árbol y lo cubrirán las moscas. Y allá estará esperando la alondra que devorará a las moscas. Todo es una lucha constante.

—Pero nosotros somos humanos, *Sensei* —le observó Savage, mientras seguían caminando por las calles romanas, llenas de ambiente, de voces altas de tono y ojos que les observaban con curiosidad por ser unos personajes distintos a cuantos les rodeaban.

—Los hombres no somos tan diferentes de los animales como nuestra arrogancia nos hace suponer. Lo cierto es que nos mejoramos nosotros mismos observando la actitud de los animales.

—Es cierto, *Sensei.* El *Kung-Fu* es un claro ejemplo.

—Tú lo has dicho, Savage. El *Kung-Fu* es la esencia de las actitudes de desafío y combate de los animales, de los que tanto y tanto hemos de aprender.

—Pero, nosotros podemos actuar como diferentes animales y los animales sólo actúan como son ellos mismos, en realidad. Un lagarto no actúa jamás como un lobo, ni un lobo como un caimán.

—Es verdad, Savage, pero jamás lograremos alcanzar la perfección de cada uno de ellos en su propio terreno, en sus propias peculiaridades.

— ¿Y cómo habrá que luchar contra los *karatekas* que emplean el *hiho, Sensei?*

—Quienes emplean el *hiho* es que están altamente especializados en las *Artes Marciales,* especialmente en el *Karate.* Estas prácticas secretas sólo puede enseñarlas un *Sensei* muy cualificado. Puede que ese *Sensei* del *hiho* pertenezca a la organización de criminales internacionales. Es inaudito que un *Sensei* pueda vender sus artes al crimen organizado.

—Pero es evidente que así es.

—Si quieres tener una posibilidad de salir con bien, emplea *Kung-Fu;* es la única forma en que no podrán esperar un ataque tuyo. En *Karate,* un *Sensei* que posea los conocimientos del *hiho* es prácticamente invencible. No puedes emplear sus propias técnicas.

—No olvidaré el consejo, *Sensei.*

Siguieron caminando por las bulliciosas calles romanas sin quedar afectados lo más mínimo por aquel abigarramiento que atontaba a cuantos allí vivían y parloteaban, ya sin confiar en que sus interlocutores les escucharan porque, a su vez, ellos también charlaban, gesticulaban, movían brazos y agrandaban los ojos sin esperanza alguna de hacerse oír y comprender, esencialmente porque cada uno de ellos se negaba a escuchar y atender a su prójimo.

CAPÍTULO III

El *Spirit of Samurai,* tras identificarse y ponerse a las órdenes de la torre de control del aeropuerto internacional, dio media vuelta sobre la isla de Malta, divisando sus masas de piedra caliza.

Le habían ordenado que aguardara a diez mil metros de altura porque en ruta, para aterrizar, arribaba un *Jumbo* que tenía preferencia.

M. P. Savage viajaba solo a bordo de su *Piper Jet* a reacción, que pilotaba él mismo como era su costumbre.

Escuchó las instrucciones de la torre de control; el *Jumbo* ya había aterrizado y le ofrecían pista. Hizo media circunferencia para tomar ángulo adecuado e inició el descenso en busca de la pista que le habían destinado, y como un águila descendió de los cielos, desde diez mil metros de altura, cayendo en picado sobre la tierra, rugiendo, silbando su motor, controlando los mandos sin vacilar.

La maniobra, tal como él la efectuó, resultó arriesgada. Sólo la realizaban en aquella forma los militares que pilotaban cazas de combate, pero todo salió perfecto.

Se desplegó el tren de aterrizaje y las ruedas no tardaron en tocar el cemento. Rodaron con suavidad hasta que el *Piper Jet* se detuvo y apareció un tractor de pista que lo enganchó y se lo llevó al hangar para pequeños aviones particulares.

Dejó el *Spirit of Samurai* para que fuera repasado y repostado de combustible. Luego, él pasó las aduanas, sin dificultad. Al salir del aeropuerto, tomó un taxi al que mostró una dirección escrita. El taxista se tocó el ala de la visera que tenía su gorra y puso en marcha el coche, dejando a M. P. Savage frente a un edificio de factura moderna, acero y cristal, aunque no por ello parecía vulnerable sino todo lo contrario.

Las ventanas no eran amplias, panorámicas, si no estrechas y altas, como basadas en el principio de las troneras o de las aspilleras de las garitas de cuartel.

—No llevo monedas de aquí. ¿Le va bien que le pague en dólares?

— ¿Americanos?

—Sí.

—Pues claro que sí.

Savage pagó en dólares al taxista y entró en el edificio sobre cuya marquesina un rótulo anunciaba: Seguros Internacionales La Valetta.

Se fue hacia el conserje, el cual le miró entre sonriente y

escrutador.

—Quiero hablar con el gerente.

— ¿Con el gerente?

—Sí, eso he dicho.

— ¿Tiene cita, señor?

—Dígale que quiere verle M. P. Savage, repórter americano y que tengo prisa.

—No sé si podrá recibirle, señor Savage.

—Está bien, me voy a ir, pero en cuanto el gerente me llame le diré que usted me puso obstáculos para verle.

—Aguarde, aguarde un momento, consultaré.

La actitud rebosante de seguridad que ofrecía Savage puso nervioso al conserje que consultó a través de un teléfono interior. Rápidamente, puso una amplia sonrisa en su rostro.

—Sir Campbell tendrá mucho gusto en recibirle, señor Savage.

El conserje habló por un dictáfono y no tardó en aparecer una chica de largas piernas, cuello alto, busto prominente, poca ropa y mucho pelo rubio. Su sonrisa, más que sugestiva, era altamente provocativa.

—Acompaña al señor Savage a gerencia, están esperándole.

Ella se volvió hacia Savage al que había mirado de reojo y le ofreció sus labios húmedos, sus dientes blancos. Los pezones se irguieron tras la tela suave, como si pudiera hacer con ellos lo que quisiera, y le dijo:

— ¡Venga conmigo, por favor!

Le llevó a una puerta que ponía: *private.* Tras la puerta, había un ascensor pequeño pero confortable y rápido, sólo utilizable por la gerencia.

Se cerró la puerta automáticamente. La chica pulsó un botón y dijo:

—Sólo tienes veinte segundos. A ver qué tal sabes aprovecharlos.

Cuando la cabina llegó a lo alto y se abrió la puerta automáticamente, la bella joven de largos cabellos rubios tenía la espalda pegada a un ángulo de la cabina. Su ropa yacía en el suelo y la mirada de la joven estaba extraviada, como si flotara, y no se preocupaba lo más mínimo de cubrir con las manos sus turgencias y redondeces femeninas.

Sus labios se habían secado, como faltos de aire, y las mejillas aparecían sonrosadas por efluvios de calor.

—Ahora, tienes veinte segundos para reponerte.

Savage pulsó un botón y se cerró la puerta automática, desapareciendo la muchacha que tendía sus manos hacia él, suplicante.

— ¡Más, más...!

Un burócrata con gafas y dientes de caballo que parecían

especiales para morder las manos que se pudieran tender hacia él, le dijo:

—Sir Campbell le espera. Por cierto, ¿no le acompañaba una señorita?

—Ha preferido regresar a su trabajo —dijo Savage.

El burócrata le condujo a un despacho que contrastaba con la funcionalidad del resto del edificio. Era grande pero excesivamente recargado, muebles pesados y antiguos, apenas iluminados por una lámpara sobre la enorme mesa de caoba cubana, objetos de arte en abundancia y un hombre de media estatura, sienes plateadas y rostro perfectamente rasurado.

—Señor Savage...

— ¡Hola, sir Campbell, tiene usted un edificio muy moderno!

—No es mío —puntualizó el gerente—. Esto es una sociedad anónima, es decir, una empresa de la cual yo soy un servidor importante, puede que el más importante, pero sólo un servidor.

—Una empresa que funciona muy bien. Según me han contado, obtiene beneficios suculentos.

—No crea, también hay un capítulo de gastos, nóminas y seguros que amortizar. El burócrata de los dientes y las gafas se retiró, tan silenciosamente como el más sigiloso de los reptiles.

—Estoy haciendo un reportaje sobre las aseguradoras de vida, internacionales.

— ¿Quiere fumar?

Sir Campbell le ofreció una caja de plata labrada, conteniendo cigarros de gran calidad con vitola particular.

—No, gracias, no fumo.

Cerró la caja y entonces le dijo:

—Pues no veo en qué puedo ayudarle, señor Savage. Una aseguradora no tiene nada especial que contar a un mundo ávido de sorpresas, de noticias con garra.

—Ustedes tienen como asegurados a mucha gente importante, deportistas, cantantes, actores y actrices, gente de fama.

—Es cierto, nuestras pólizas les convienen, eso es lodo.

— ¿Y no tiene ninguna anécdota que contarme, relativa a esa gente importante que tienen asegurada?

—Pues, no, la verdad —dijo, muy convencido—. Además, es norma de la empresa no hablar de las cuestiones privadas de sus asegurados.

—He visitado a uno de sus asegurados, está en una clínica de Roma.

—Pues, no sé, tendría que revisar los archivos.

—Se llama Piero Tritone, era jugador de fútbol, el cerebro de la

selección italiana según dicen.

— ¡Ah, sí, Piero Tritone! Creo que ha enfermado.

— ¿Y no cobra de la póliza?

—Pues no, la póliza es por accidentes.

—Comprendo. Si muere en el plazo de un año, dos, tres o diez, no cobra nada.

—Exacto, ha de ser muerte accidental. Esta clase de gente que gana millones con deporte o el espectáculo, viaja mucho, y por tanto corre muchos riesgos. Choques en la carretera, siniestros aéreos —observó sir Campbell, muy pausadamente.

Había encendido un cigarro para él y fumaba con deleite, se recreaba en la acción, pero era más una pose que realmente por el sabor que pudiera tener el cigarro.

—Y referente a los miembros del consejo de administración, ¿qué se sabe, sir Campbell?

—Nada. Ellos aportan su capital, confían en mí y ya está.

— ¿Usted envía a sus agentes de seguros?

—No. Cuando es alguien importante, ya me remiten las pólizas hechas, si es lo que me pregunta.

— ¿Y esos agentes, por quién están controlados?

—Van a prima, no están bajo mi competencia.

— ¿Y quién les manda, entonces?

—No tengo facultades para informarle. La verdad es que si esperaba sacar algo interesante de esta compañía va a salir defraudado. Una compañía de seguros es lo más aburrido que pueda verse, pese a los grandes servicios que presta.

—Un momento, sir Campbell —pidió Savage, levantándose por encima de la mesa.

— ¿Qué sucede?

—Un momento... ¿Qué le pasa en los ojos?

— ¿A mí, en los ojos? —inquirió, vacilando ligeramente.

—Sí, creo que le sucede algo. Mire, mire mi dedo índice.

—Es que yo...

—Mírelo, sígalo. ¿Cuánto tiempo hace que no va al oculista?

—Pues, no recuerdo... ¿Es usted médico?

—Siga con sus pupilas mi dedo, sígalo, sígalo.

—Sí, pero veo bien, muy bien.

—Tiene los ojos fatigados, está cansado y los párpados le pesan. Ve borroso, muy borroso. Es mejor que descanse y luego verá mejor, mucho mejor.

Con su técnica de sugestión hipnótica, Savage dominó a aquel hombre sin que éste pudiera hacer nada para defenderse. Había estado a la defensiva, Savage lo había notado, pero sir Campbell

acabó con la respiración pesada y los párpados cerrados.

—Ahora se encuentra tranquilo, muy tranquilo. Sólo quiero ayudarle a sobrellevar el peso. ¿Me oye?

—Sí.

—Usted es el hombre de paja de la Aseguradora; el que da la cara mientras otros se llevan los grandes beneficios. ¿No es cierto?

—Sí.

— ¿Quiénes son?

—No lo sé.

M. P. Savage puso un gesto de contrariedad en su rostro.

— ¿Qué nombres figuran a la cabeza de la sociedad anónima?

—No son nombres vivos.

— ¿Nombres muertos, acaso? —preguntó Savage, siempre ejerciendo el poder de la hipnosis para sonsacar a sir Campbell y no tener que verse obligado a interrogarle de forma más severa y drástica.

—Sí.

—De modo que está bien camuflada. ¿Y quién se lleva el dinero?

—A-182-B-222-CS.

— ¿A-182-B-222-CS? —repitió Savage.

—Sí.

— ¿Es la cuenta cifrada de un Banco suizo?

—Sí.

— ¿Seguro que no recuerda nada más?

—No.

—Y las órdenes, ¿cómo las recibe?

—Por teléfono.

— ¿Y los recibos impagados también los comunica por teléfono?

—Sí.

—Escúcheme, sir Campbell. Esta noche, usted regresará a esta oficina cuando no haya nadie y traerá consigo dos latas de gasolina de cinco litros. Debe destruir las pruebas; está a punto de ser descubierto todo y ha de proteger a quien le paga. Esparcirá la gasolina por aquí, asegurándose de que no hay nadie y le prenderá fuego. Inmediatamente se marchará con su coche a hacer un viaje por la isla y no recordará nada. Tampoco recordará nada de lo que le digo cuando despierte, nada.

Ahora, le soplaré a los ojos...

Sir Campbell despertó, preguntando:

— ¿Qué, qué me pasa?

—Era una mota de polvo en un ojo, ya se la he sacado, no es nada.

— ¡Ah, sí! Estas motas nunca se sabe cómo se llegan a meter dentro del ojo —se lamentó sir Campbell, sin saber que había sido

hipnotizado.

—Bien. ¿No puede decirme más?

— ¿Más? ¿Sobre los asegurados?

—Sí.

—Pues no, no puedo contarle nada más, ya le he dicho que había perdido su tiempo viniendo aquí. Una compañía aseguradora es algo frío, sin atractivos.

—Sí, eso parece. En fin, me voy, sir Campbell.

Savage abandonó el despacho y se cruzó con el secretario personal del gerente de aquella empresa de seguros tan extraña como falsa. Con apariencia de legalidad, ocultaba todos los líos de un *racket* internacional.

Los extorsionados no eran uno ni cien ni mil, eran muchos más y pagaban unas pólizas a diez mil veces su valor normal, a cambio de no sufrir un ataque que les podía costar la vida o dejarlos inutilizados para el mundo de la fama de la que vivían deportistas, músicos o actores

El burócrata de los enormes dientes sonrió al ver que no había pasado nada, que todo iba normal. Savage se dirigió al ascensor y descendió por él al *hall.* No vio a la chica que le acompañara antes y dedujo que estaría escondida en alguna parte, tratando de reencontrarse a sí misma.

Savage tuvo que esperar su turno en la pista para despegar en el aeropuerto y cuando lo hizo, se elevó sobre el cielo de La Valetta, capital de la isla de Malta.

Estaba en el cielo, cuando abajo divisó unas llamaradas y por el lugar en que se ubicaba el edificio de la Aseguradora Internacional, dedujo que sir Campbell había cumplido.

El gerente de la empresa ya habría tomado su automóvil y se habría ido a rodar por la carretera a hacer kilómetros. Al día siguiente, cuando se le notificara el incendio, no daría crédito a la noticia, pese a que había sido él mismo quien quemara la aseguradora, destruyendo los archivos.

Savage esperaba que con la operación incineradora no se salvara nada; no obstante, no había que hacerse muchas ilusiones, podían haber duplicado los archivos en otra parte.

El cerebro y los ejecutores de la organización, con aquel incendio, recibirían un rudo golpe, pero aún estaban muy lejos de ser vencidos. Lo que harían ahora sería revolverse con rabia para atacar furiosamente.

Cuando Gino abrió la puerta de su apartamento, desde cuyas ventanas se divisaba la frondosa arboleda de Villa Borghese, dio un paso atrás instintivamente.

— ¿Quién eres?

El hombre que tenía delante sonrió beatíficamente y respondió:
—Ricky.
— ¿Ricky? No te conozco.
Trató de cerrar la puerta un tanto precipitadamente, pero no lo consiguió. Ricky, aquel gigante japonés, con sus dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, aplicó su gran manaza sobre la hoja de la puerta y empujó sin violencia pero con firmeza.
—No ten-tengas mi-mi-miedo, me envía Savage —dijo Ricky, con su habitual dificultad al hablar otros idiomas que no fueran el japonés, única lengua que hablaba con soltura, sin problemas.
— ¿Savage? ¿Tú eres el guardaespaldas?
—Sí, eso es. A-a-ahora viene Jua-Juanito.
— ¿Juanito?
Gino, el futbolista italiano, temió que se presentara en su apartamento otra mole humana de las características de Ricky, más no fue así, porque quien apareció fue Juanito Chancleta, el pequeño y nervudo portorriqueño de un metro cincuenta escaso y alrededor de cincuenta kilos de peso.
Juanito traía consigo un trípode y una filmadora de gran calidad.
— ¡Hola!
— ¿Qué significa esto? —gruñó Gino.
—Nos envía Savage para hacerte una filmación, Te hemos traído un papelito para que te lo aprendas. Haremos unos ensayos y luego rodaremos en serio.
— ¿Una filmación? ¿Para qué?
Mientras, Ricky se dejó caer en una butaca que cedió y se arqueó, de tal modo, que puso los pelos casi de punta a Gino.
— ¡Vas a destrozarme el sillón!
Ricky continuó sonriendo beatíficamente y Juanito se instaló en el apartamento, adecuándolo para la filmación.
—No me gusta que me manejen —protestó el futbolista. —Sa-Sa-Savage dice que tú vas a de-de-denunciar Juanito ayudó a Ricky, agregando:
—A los raqueteros de los famosos.
Gino, incapaz de enfrentarse a Ricky ni al hábil portorriqueño que ya montaba la filmadora sobre el trípode, decidió tomarse un whisky. Escanció luego más whisky en otros vasos, pero ni Ricky ni Juanito bebieron.
—Está bien, sois unos tipos muy raros —barbotó.
Se bebió los tres vasos él solo, chasqueó la lengua y con una especie de sonrisa de satisfacción, gruñó:
—Si me viera el entrenador, ahora, se iba a poner furioso.
Mientras esto ocurría en el lujoso apartamento de Roma, en la

terraza de un café de Zurich, Moses Pacific Savage se acercó a una de las mesas donde un suizo muy rubio y pecoso leía el periódico francés *Le Monde.*

—Hace un día soleado —comentó Savage. Sin esperar respuesta, se sentó.

El suizo continuó leyendo su periódico, sin molestarse lo más mínimo en apariencia,

— ¿Qué desea tomar, monsieur? —preguntó un atento camarero que pronunciaba fatal y que, sin duda alguna, era uno de tantos emigrantes que trabajaban en el país helvético.

— ¿Tiene naranjas y limones naturales?

—Sí, monsieur.

—Pues, quiero un vaso mitad y mitad de jugo de limón y naranja y échele dentro una copa de *Cointreau.*

—Sí, monsieur.

El camarero se alejó y Savage habló al hombre que leía *Le Monde* sin encararse con él.

—Busco un nombre.

—Eso es muy— peligroso aquí, Savage —repuso el suizo, desde detrás del periódico.

—Lo sé; pero tú eres un hombre que repudia lo que ocurre con los Bancos que protegen el capital que se evade de los países con problemas.

—Sí, me caen mal, pero el día que averigüen mi filiación política, tendré más problemas.

—Yo no busco problemas entre los políticos; simplemente me revientan las cuentas cifradas que tanto abundan en este bendito país, bendito para unos pocos privilegiados.

—No sé si esta vez podré ayudarte, Savage. Sabes que cuando he podido lo he hecho.

—Comprendo que te traten de descubrir como espía, pues de esa forma se te va a catalogar el día que te cojan.

—No me da miedo, sólo que cuanto más tiempo dure libre, más podré ser útil en la lucha contra los traficantes de divisas.

—Aquí tiene su bebida, monsieur —dijo el camarero, depositando el vaso color naranja claro.

—Gracias.

El camarero se marchó y Savage comenzó los primeros sorbos. El suizo sin mirarle, siempre como leyendo su periódico, ignorando a Savage, preguntó:

— ¿Cuál es tu objetivo?

—Un racketero.

— ¿Mafioso?

—Lo ignoro. Es posible que esté unido al crimen organizado, internacional, pero también puede operar solo.

—No es mi especialidad, pero trataré de ayudarte.

—A-182-B-222-CS.

El suizo repitió la clave, memorizándola. Luego se levantó; dejó el pago de la consumición sobre la mesa y se marchó. Savage quedó solo en la terraza del bar.

Savage, sin preocuparse lo más mínimo, siguió tomando su refresco de cítricos españoles de la mejor calidad.

Aquella tarde M. P. Savage entró en un cine francófono. La película no le interesaba demasiado.

Un espectador, al parecer cansado de la proyección, se levantó, y al pasar junto a

Savage dejó caer un sobre de cerillas que éste recogió. Savage permaneció visionando el filme, unos veinte minutos más, y abandonó el local.

Ya en la calle, dio un vistazo al librito. Allí había un nombre y una dirección: FRED LUPONE, RESIDENCIA SOLEADA, TORREMOLINOS, ESPAÑA.

M. P. Savage, que volaba de un país a otro, sabía ya cuál era su próximo destino: La cosmopolita Costa del Sol española, refugio de millonarios de los más diversos países.

Aquella misma noche, la *Piper-Jet* despegó del aeropuerto de Zurich, pero no para dirigirse a Málaga, sino para viajar a Roma.

M. P. Savage, gracias a los múltiples contactos que tenía, repartidos por todo el mundo, había conseguido lo que muchos otros investigadores jamás averiguaban: Poder descifrar una de aquellas cuentas de seguridad de un Banco suizo.

Ignoraba cómo su amigo suizo lograba averiguar a quiénes correspondían las cuentas cifradas, pero sí sabía que corría un gran riesgo y que si era descubierto, alguna banda internacional de asesinos, que posiblemente nada tendría que ver con los Bancos, le asesinaría.

No era Savage, el único que luchaba contra los que amasaban millones y los escondían bajo bóvedas de acero y hormigón, y ocultaban sus nombres mientras millones de seres humanos pasaban hambre en toda la Tierra.

Millones de niños morían de inanición, por falta de cuidados y medicamentos, con hambre de cultura y libertad, mientras aquellos millones de francos, de dólares, libras esterlinas o marcos, lingotes de oro, plata o gemas preciosas, permanecían ocultos e inmóviles para que nadie pudiera saciar su hambre, su sed o liberarse de una enfermedad. Tesoros escondidos, exponentes de un egoísmo desaforado y sin paliativos.

Savage sabía que otros luchaban como él por un mundo más justo y que esa labor no era fácil. Había que repudiar la venganza y la violencia, pero había que hacer razonar a quienes acumulaban aquellas riquezas de forma personal, para que se acordaran de su prójimo, de aquellos seres a los que seguramente habían expoliado y avasallado para ellos poder engordar y engordar la bolsa de sus millones, aquellos millones que dormían bien protegidos en bóvedas de seguridad, a la espera de tiempos mejores. No servirían para obras sociales, sino para dar más poder a sus propietarios, porque la mayoría de los que atesoraban tales riquezas, ni aun gastando a manos llenas podrían arruinarse jamás.

Su egoísmo no podía siquiera justificarse ante el miedo a una vejez sin confort y sin lujo sin disponer de los mejores médicos del planeta para protegerles en contra de las enfermedades.

No, no podía ser aquélla la justificación, porque las fortunas eran inmensas y luego pasarían a unos herederos que no habrían movido un dedo para encontrarse multimillonarios y en la cumbre del poder, y de esta forma seguir amasando más y más fortuna sin que nadie les pudiera poner coto, ya que siempre aparecían sicarios, asesinos a sueldo, mercenarios sin escrúpulos dispuestos a matar para defenderles, por unas monedas de plata.

CAPÍTULO V

La Residencia Soleada se hallaba cerca de la carretera que unía Cádiz con Málaga, a poca distancia de Torremolinos en dirección a Fuengirola. En aquel área había muchas residencias y cortijos de gente importante de todo el mundo.

Con el coche se llegaba en poco tiempo a Algeciras, población portuaria muy importante donde los ferries transportaban diariamente a millares de turistas al Norte de África.

Podía, también, irse de noche a Marbella, a cuyos clubs nocturnos, muy reservados, acudían personajes de la *jet set* mundial que hablaban toda clase de idiomas y entre copa y copa, presenciando un zapateado gitano, establecían contactos o hacían suculentos negocios, pese a que los que allí acudían solían asegurar que se hallaban de vacaciones para liberarse del *stress* y que no deseaban problemas.

Residencia Soleada era muy extensa en terreno. Poseía su propio polideportivo en el que podía encontrarse una gran piscina, tres pistas de tenis y una tortuosa pista para minicars en la que se organizaban competiciones entre los asistentes a las fiestas que celebraba el propietario. También tenía un picadero de caballos con una cuadra que encerraba a no menos de una docena de caballos valiosos.

Fred Lupone, ciudadano norteamericano pese a su apellido italiano, no era un emigrante. Él había nacido en los Estados Unidos y no había formado parte, jamás, de la *Cosa Nostra.*

Poseía, también, un magnífico yate fondeado en la Costa del Sol con el que realizaba frecuentes viajes por el Mediterráneo con destino a Trípoli, Estambul, Atenas, Nápoles, sin olvidarse de Chipre o Malta. Y cuando deseaba saltar el charco rumbo a América, lo hacía en rápidos aviones, confundiéndose entre los millones de turistas que visitaban la soleada España,

Fred Lupone solía tener invitados en su residencia. Se le suponían varios negocios y uno de ellos era el de ser promotor de una empresa discográfica, lo que hacía que siempre se le acercaran cantantes buscando un buen lanzamiento para Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, que era donde operaba su empresa discográfica.

Le costaba muy poco tener bellas modelos fotográficas y de alta costura, chicas de los más distintos países que buscaban la fama, o cuando menos, un lugar donde lucirse y codearse con gente importante teniendo los gastos pagados.

Fred Lupone no parecía tener ningún negocio sucio y las

autoridades españolas jamás habían tenido motivo alguno para hacerle una visita puesto que, incluso, él mismo prohibía a sus visitantes que consumieran drogas en su residencia. Deseaba vivir en paz con la justicia española, sin pleitos enojosos. Los negocios sucios no los tenía en el país donde tenía fijada su residencia.

Aquella mañana, Fred Lupone estaba de mal humor. Repiqueteaba con sus dedos sobre la mesa del amplio despacha.

Se abrió la puerta sin llamada previa y penetró en el despacho un hombre muy delgado y más bien bajo. Lucía una barba cortita y afilada, sin bigote. Aquel sujeto tenía una edad difícil de evaluar. Sus celas, sus ojos oblicuos, le delataban de raza oriental y, más concretamente, como japonés.

—Te veo preocupado, amigo Fred. ¿Sucede algo desagradable?

Fred Lupone dejó de repiquetear con sus dedos y concentró su mirada en el japonés que ocultaba sus manos dentro de las bocamangas del kimono.

—Han quemado mis oficinas de La Valetta.

— ¿Un atentado?

—Por las noticias que me han llegado, aunque todavía no está todo claro, parece que sí.

— ¿Alguno de los asegurados, amigo Fred? —preguntó Mifune, siempre muy ceremonioso en su forma de hablar.

—No lo sé. He enviado a un par de hombres para que, discretamente, averigüen lo sucedido.

— ¿Es irreparable lo ocurrido, amigo Fred?

—No. Es un mal golpe, eso sí, pero no irreparable. Tengo ficheros dobles; lo malo...

—Sigue, amigo Fred, te escucho.

Fred Lupone tenía al anciano japonés como asesor. Mifune tenía el don de la frialdad en sus razonamientos; no parecía excitarse ante nada.

—Como la noticia se divulgue, muchos de mis asegurados aprovecharán para dejar de pagar sus cuotas trimestrales. Se van a desmandar, ahora que los tenía *e,* todos bien cogidos.

—Si eso ocurriera, lo cual es muy probable, deberías demostrar que sigues sujetando el poder y lo harás con mano dura. Dos tres o cuatro lecciones que alcancen cierta, trascendencia mundial harán reflexionar al resto.

—Sí es posible que se tenga que llevar a cabo ese plan que me propones pero fastidia tener que dar golpes rudos, lecciones de advertencia para los demás, cuando todo marchaba bien, sin problemas.

—Los problemas jamás deben sorprendernos, amigo Fred; hay que

contar con ellos desde un principio. Cuando la mar está calmada, puede sobrevenir la tormenta. Siempre hay tormentas y hay que contar con ellas cuando se navega por aguas turbulentas.

—Es cierto; por lo visto, me estaba acostumbrando a que todo fuera bien. Un golpe por aquí, una paliza por allá, algún ejecutado con tu método de *hiho* por haberse dado de baja... De este modo, los que se dan de baja no tienen más de un año de vida y no se puede culpar a nadie de su muerte, pero, ahora, tener que actuar en forma tan drástica y violenta...

—Espera, no te precipites. Aguarda y escoge a los tres primeros que se nieguen a satisfacer sus cuotas a partir del incendio de La Valetta. Ellos servirán de ejemplo.

—No es mala idea.

Fred Lupone era un hombre que se conservaba bien. Tenía masajista particular, sauna, gimnasio completo junto a ella y era visitado semanalmente por el director de una clínica de dietética y adelgazamiento, instalada en Torremolinos para multimillonarios.

Se puso en pie. Solía vestir de blanco y gastaba el aire de un *playboy.* Su cabello era más blanco de lo que parecía, pero se lo teñían habitualmente, de forma que sólo le dejaban las sienes plateadas, lo que le hacía más interesante en opinión de sus amistades femeninas.

—Creo que no debo de preocuparme en exceso —suspiró—. El asunto del incendio puede que no sea tan grave como parece. Estoy esperando que Bianca llegue de un momento a otro.

—Excelente chica, Bianca... Es una gran *karateka* y tiene muchas posibilidades de superarse pese a estar ya muy por encima de otras mujeres que, en el mundo, practican las *Artes Marciales Orientales.*

— ¿Están los hombres en el *dojo,* ahora?

—Sí, están practicando.

—Vamos a darles un vistazo. No pienso mover un dedo respecto a lo ocurrido hasta que reciba informes.

Mifune le acompañó. Habían salido ya de la casa, muy amplia pero de una sola planta, con cristales muy gruesos y especiales que hacían innecesarias las rejas, cuando se acercó uno de los vigilantes de la residencia.

—Míster Lupone...

— ¿Qué pasa?

—Hay dos hombres que desean hablarle.

— ¿Dos hombres? Tendrán un nombre, ¿no?

El vigilante sacó un bloc pequeño de su bolsillo y leyó:

—Moses Pacific Savage, ciudadano norteamericano, y un tal Wiekong. Ahora no sé si es japonés o chino; parece muy anciano.

—Chino —puntualizó Mifune.

Fred Lupone se encaró con su *sensei* particular *y* preguntó:

— ¿Le conoces?

—He oído hablar de él. Hace años tuvimos algunos encuentros. Es un hombre poco agresivo. En realidad, su madre era china y su padre, okinawense.

— ¿Se puede considerar amigo tuyo?

—No.

—Y el otro, ¿cómo has dicho que se llama?

—Moses Pacific Savage —repitió el guardián.

— ¿Y qué es lo que quieren?

—No me lo han dicho, míster Lupone.

—Qué raro, ¿qué querrán esos tipos? No me habían pedido cita, antes. Bien, déjalos pasar y llévalos al *dojo.*

El vigilante regresó a la puerta de entrada de Residencia Soleada. Allí, a bordo de un «Seat» 1200, color verde, aguardaba M. P. Savage y su acompañante Wiekong, el anciano *sensei* de luenga barba blanca.

—Sigan las flechas hasta el aparcamiento. Allí, un vigilante les conducirá a presencia de míster Lupone. No se salgan de las líneas marcadas.

Savage puso la primera marcha y el automóvil arrancó con fuerza, con brío. No hizo falta cambiar de marcha. Con la primera llegó sin problemas a la zona de estacionamiento, que tenía unos techos de hormigón que seguían las líneas arquitectónicas del resto de la mansión.

Wiekong vestía un traje chino azul. No era hombre que gustaba de recargarse con vestimentas espectaculares. Por su parte, Savage vestía de sport en color beige. Sus ojos verdes, muy brillantes, casi fulguraban bajo el intenso sol del sur de España.

—Por favor, síganme —les pidió, un vigilante uniformado.

Caminaron por un suelo enlosado, después por una tierra cubierta de agradable césped y muy bien cuidado y continuamente húmedo, gracias al riesgo por aspersión.

Rodearon la casa y pasaron junto a la piscina. Allí había varios jóvenes de ambos sexos, aunque las chicas estaban en una proporción de cuatro a uno.

Muchas de ellas sólo lucían monotanga que descubría las bellezas que ellas estaban ansiosas de dorar al sol y mostrar a los visitantes de la residencia, pues sabían que gente importante de todos los medios acudía allá y podían contratarlas como modelos, o lo que hiciera falta, si les caían bien.

Las chicas que se bañaban, charlaban o permanecían tendidas en

las tumbonas, repararon inmediatamente en M. P. Savage, en aquel varón de paso elástico y felino, un hombre de elevada estatura y aparente delgadez que en cada uno de sus gestos emanaba fuerza. Desprendía en torno suyo un fluido dominante que, sin él proponérselo, hacía que las mujeres se sintieran muy a gusto acercándosele y entregándose voluntariamente a su área de influencia.

M. P. Savage dio una ojeada a aquellas gatitas y tuvo una cierta lástima por ellas. Sólo trataban de buscar un puesto confortable en sus vidas, a través de sus encantos, que, a no dudar, pondrían en manos de quien les proporcionara lo que ellas deseaban.

El vigilante les condujo a una edificación que tenía ventanas muy altas, tanto, que no quedaban accesibles ni aun saltando para tratar de alcanzar sus alféizares con las manos. Las techumbres eran de tejas rojas y las paredes, muy blancas.

Llegaron a una puerta amplia de madera de doble hoja, una de las cuales se hallaba entornada. El vigilante les hizo pasar y se encontraron en un *dojo.*

Las miradas del anciano japonés Mifune y de Fred Lupone se posaron inquisitivas sobre los recién llegados.

Mientras, en el *tatami,* tres parejas, una de ellas de mujeres, practicaban *katas* de *Karate* a las voces de un profesor poseedor del sexto *dan,* a juzgar por el *karategi* negro que vestía, y el cinturón rojiblanco.

Sin intervenir en los ejercicios de los *karatekas,* todos ellos cinturones negros, Savage y Wiekong se acercaron a Fred Lupone y al *sensei* japonés.

— ¿Me buscaba, Savage?

—Sí.

—Bueno, ya me ha encontrado. Ahora, ¿qué? ¿Es que busca alguna recomendación, en qué ha dicho que trabaja?

—No lo he dicho, pero ahora sí se lo diré.

—Bien, adelante.

—Soy reportero *free-lance,* trabajo por libre y vendo mis reportajes a quien mejor los paga con la condición *sine qua non* de que mis reportajes no serán encerrados en un cajón para que nadie se entere de ellos.

—Ahora caigo... Usted es ése de los reportajes tan escandalosos.

Lupone se echó a reír, pero no así el *sensei* japonés que estaba a su lado y que escrutaba a Weikong y al propio Savage.

—Eso dicen.

— ¿Y qué quiere?

—Vengo a hacerle un reportaje a usted, Lupone.

— ¿A mí? —volvió a reírse espontáneo, o, por lo menos, así lo pareció—. La revista *Playboy* ya quiso hacerme un reportaje; acude mucha gente importante a mí residencia.

La verdad es que se vive bien, aquí, en la Costa del Sol.

—Con millones en dólares, marcos, libras o francos, ya imagino que se vive bien, aquí.

—Con dinero se vive bien en cualquier parte mientras no haya locos que quieran hacerte la puñeta pegándote un tiro, ya sabe, esos exaltados anarquistas que no soportan a los que tenemos dinero para vivir bien.

—Lupone, yo sé cómo ha amasado usted su fortuna y cómo la sigue engrosando para vivir como lo hace.

—No me diga que ya ha metido las narices en mis asuntos...

M. P. Savage observó que Lupone ya no reía con tanta normalidad. Su mirada había cambiado, se había tornado más suspicaz y recelosa.

—Conozco todo el proceso del sucio negocio de la Aseguradora Internacional La Valetta, que no es más que un *racket* internacional, una extorsión a quienes alcanzan la fama y, en consecuencia, los millones.

—No le entiendo, no sé de qué me habla. Savage, creo que esta vez se ha pasado de listo. Mejor sería que se fuera a llamar a otra puerta.

—Lupone, usted es el amo de la falsa Aseguradora.

—Insisto en que no sé de qué me habla.

— ¿Y si le digo que su cuenta cifrada en el Banco suizo es la A-182-B-222-CS?

Lupone se puso pálido. El *sensei* japonés miró primero a Savage y después a Lupone para ver el efecto que habían surtido en éste las palabras del reportero.

—No podrá demostrar nada —silabeó.

—Se equivoca. Hay un asunto muy feo; un hombre que está moribundo en la clínica Montobene de Roma Se llama Piero Tritone, alguien le aplicó uno de los golpes mortales a largo plazo. ¿Es usted el *sensei* que conoce la técnica secreta del *hiho*? —preguntó Savage, directamente, al japonés Mifune.

—He oído hablar de ti, muchacho, te llaman *Star— Budoka,* pero no creo que seas tan bueno como pregonan.

—Yo no pretendo demostrar nada respecto a mí, si no respecto a él.

—Señaló a Fred Lupone.

— ¡No podrá demostrar nada, nada! —se rio, aunque no tan fuerte como antes.

—Se equivoca, Lupone. Ya habrá visto que sé quién es usted, dónde se refugia y hasta cuál es el número de su cuenta en el Banco suizo.

— ¡Eso no es ninguna acusación!

—Alguien que se ha cansado ya de pagar, hará una denuncia clara y abierta de lo que están haciéndole. Acusará a la Aseguradora Internacional La Valetta S. A, y yo demostraré, luego, con pruebas irrefutables, que es usted el propietario de esa compañía.

—Lo veo muy difícil.

—No tanto, máxime cuando yo levante la liebre y las autoridades de Malta comprueben que los propietarios de la sociedad anónima son muertos, seres que ya no viven y que detrás de todo se esconde una cuenta cifrada cuyo propietario es usted, Fred Lupone. Todo eso se podrá demostrar perfectamente, ¿o todavía cree que no?

Fred Lupone ya no reía. Mifune se le había acercado para que no cometiera ninguna tontería; Fred Lupone se estaba desencajando por momentos.

— ¿Quién ha sido el hijo de perra que te ha dado esa información, Savage? —barbotó.

—Un buen reportero mantiene el secreto profesional, aunque hayan países que se nieguen a aceptar ese silencio profesional.

— ¿De verdad crees que conseguirás estropearme el negocio?

Las palabras de Fred Lupone eran un desafío en sí mismas y Savage le replicó:

— ¿Piensa que esos hombres del *tatami* me asustan?

El *sensei* japonés intervino:

—Nadie ha proferido ninguna amenaza. Ustedes han sido bien recibidos en la Residencia Soledad. Mucha gente importante, y de todo el mundo, aprecia los valores que míster Lupone atesora.

—Un momento —atajó Lupone, que había endurecido su faz. Era un hombre de acción, un auténtico tiburón humano y en aquellos instantes, había dejado de ser el simpático y extrovertido *playboy.*

—Usted dirá, Lupone. Si desea hacer una declaración firmada al respecto, ocultaremos su rostro para que no sea reconocido y dejará en paz a todas sus víctimas Si usted habla, exponiendo la desaparición de la Compañía Aseguradora La Valetta, lo dejaré en paz, no lo molestaré más.

— ¿Y si no?

—Lo denunciaré a los cuatro vientos, al mundo de las ondas. He hablado con gente importante de la RAI y ya me han ofrecido un espacio para mi reportaje. Ídolos del fútbol italiano hablarán claro; será un auténtico bombazo.

— ¿Quién va a hablar?

—Ya lo verá cuando salga en la pantalla de televisión.

—Aguarda, Savage —carraspeó Lupone—. Creo que podemos ponernos de acuerdo.

— ¿Cómo?

—Partiendo de la base de que yo cobro, tú callas y ellos pagan.

—Lo siento, ese trato no me interesa.

—Es la única salida razonable y no saldrás perjudicado. Necesito gente que sepa lo que se hace y tú pareces avispado.

—Es uno de los mejores *budokas* del mundo. Hay quienopina que no se le puede vencer —observó, sibilino, el *sensei* japonés.

—Eso también está por demostrar —puntualizó Fred Lupone.

Veía a sus hombres moverse en el *tatami* con una técnica impecable que le producía orgullo y no estaba dispuesto a admitir la superioridad de Savage en la *Lucha Marcial Oriental.*

—Savage —intervino el anciano Wiekong, silencioso hasta aquel momento—, no ha venido a demostrar que es un gran practicante de las *Artes Marciales;* ha venido, simplemente, a ofrecerle a usted la posibilidad de salvarse.

— ¿Ofrecerme mi salvación? —Lupone volvió a reír— Es un perdonavidas, ¿eh? Eresun idiota con cortos vuelos, Savage, ¿cuánto quieres para cerrar la boca?

—Yo no me vendo, Lupone —respondió Savage, sin irritación—. Creí que usted se daría cuenta enseguida.

—Todos tenemos un precio.

—Mi precio es luchar por la verdad, por la justicia y meter las narices allá donde la justicia no llega, en ocasiones, especialmente cuando halcones como usted se mueven por terrenos internacionales y es muy difícil someterles a la ley de un país concreto. En estos momentos, aunque le denunciara aquí, en España no se le podría juzgar. ¿De qué se le podría acusar, en concreto? Es usted muy escurridizo, Lupone, pero yo veré la forma de abatir al halcón. Comenzaré por quitarle los suministros. La fuente de la extorsión, del *racket,* dejará de manar; no podrá llenar, más sus arcas de oro.

—Savage, has venido a tirarme a la cara lo que sabes. No sé cómo has conseguido averiguarlo, pero ya me enteraré y quien se haya ido de la lengua va a lamentarlo. Si te avienes a razones, puedes ganar mucho dinero conmigo.

—No conseguirá sobornarlo, nadie puede sobornar *a* Savage —advirtió Wiekong, con sencillez.

—Entonces lo lamentarás; si buscas la guerra la tendrás. Ahora mismo podría impedir que salieras de mi residencia, aquí dentro soy el amo.

—Eso es sólo una bravata. Esta residencia es suya, Lupone, pero

si comete un crimen aquí, ya a responder ante la justicia española. ¿Quiere quedarse en una cárcel de este bello país para toda la vida; cambiaría su Residencia Soleada por una estrecha celda, le hace el cambio?

— ¡Largo de mi casa, Savage, y no creas que me has metido miedo, nada puedes demostrar contra mí!

—Empezaré por cortarle el grifo del oro, sus víctimas ya no le darán más plata. Es posible que por ser interesante el reportaje y porque sus víctimas están en todos los países, el reportaje que pasaré por la RAI se venderá a las demás cadenas. Seguramente podrá verlo incluso desde aquí, a través de televisión española o por la televisión marroquí. —Se volvió hacia su venerable maestro y dijo—: ¡Vámonos! Ya le he advertido a Lupone todo lo que voy a hacer con él porque he preferido contárselo para que después no diga que le hemos cogido desprevenido.

—Un momento —pidió Lupone.

— ¿Quiere ceder, se da por vencido, Lupone?

— ¡Jamás! Sólo quería preguntarte algo.

—Pregunte pues, Lupone.

— ¿Has tenido algo que ver con el incendio del edificio de seguros de La Valetta?

Savage esbozó una sonrisa enigmática y respondió:

—Cuando yo quiero saber algo, investigo y llego hasta el final.

—Pues yo haré lo mismo.

—Le deseo buena suerte. ¡Ah, y usted! —miró al *sensei* japonés Mifune—, su técnica *hiho,* desgraciadamente, ha dado un resultado efectivo. Ha enseñado a sus discípulos a matar a plazo fijo para no dejar pruebas de su crimen. Sé que es materialmente imposible que las leyes establecidas le puedan llevar adonde merece, pero yo ya le tengo reservado algo especial.

— ¿Algo especial para mí? —preguntó Mifune entre irónico y ceremonioso.

Salieron del *dojo* privado que Fred Lupone había instalado para sus hombres, para sus asesinos a sueldo, un *dojo* que estaba bajo la supervisión total del japonés Mifune.

Se dirigieron al *parking,* pasando junto a la gran piscina donde seguían dorándose más que bañándose las bellas modelos internacionales que adornaban aún más la Residencia Soleada, con todo pagado a costa del miedo de las víctimas de Lupone.

Llegaron al estacionamiento. Montaron en el «Seat» 1200 color verde manzana y abandonaron la mansión. Ya rodando sobre el asfalto de la carretera, Savage preguntó:

— ¿Cuál es tu consejo, *sensei?*

— ¿Servirían de algo mis consejos?

—Siempre es bueno el consejo de la experiencia, *sensei.*

—Ese maestro que asesora a Lupone es Mifune y conoce todos los secretos de los golpes. Fue discípulo de Jigoro Kano, como *judoka;* luego avanzó en las técnicas del *Karate* y es posible que también haya subido muchos grados en *Tae Kwon Do.* Lo que ignoraba es que conociera a fondo las técnicas secretas del *hiho* y lo más grave es que las pone en manos de unos discípulos que carecen de *Do.* No tienen espíritu de *budokas,* no son más que asesinos en potencia.

—Lo malo de las *Artes Marciales Orientales* es que sus técnicas caigan en manos de hombres sin escrúpulos que no sepan lo que es el honor ni la justicia.

—Eso es inevitable, Savage. Siempre habrá seres justos y seres impuros, lo lastimoso es que sea el maestro quien se venda. No sé qué tratará de conseguir Mifune vendiendo a un hombre despreciable como Fred Lupone, el conocimiento de sus artes en la lucha.

Me gustaría saberlo.

—Es posible que algún día te lo aclare él mismo, *sensei.*

—Mifune jamás dará su brazo a torcer y no te fíes en absoluto; pues pese a su aspecto avejentado es temible. Sus golpes no tendrán la contundencia de los de un *karateka* joven y pletórico de vida, pero, por contra, tiene una temible precisión en el golpe. Aplica un *atemi* como si clavara la aguja en una cura de acupuntura. Sus impactos, lo mismo a manos vacías que con los pies, quizá parezca que no hacen daño, pero pueden resultar mortales de necesidad.

—Sí, no lo voy a olvidar, no en vano es maestro en las técnicas secretas de *hiho.*

Mientras así hablaban, un coche muy veloz casi se les echó encima. Era un «Lancia Stratos» coupé, rojo como una llama, conducido por una mujer que movió ligeramente el volante, sorteándolos.

Prosiguió su ruta como si nada hubiera pasado, ignorando que había estado a punto de provocar un accidente mortal. Había demostrado un gran desprecio por la vida de los demás en la carretera, lo que debía ser exponente de su conciencia en la vida normal. Aquella mujer, Savage no lo sabía aún, se llamaba Bianca y parecía tener mucha prisa...

CAPÍTULO VI

—Espero que mi plan surta efecto —le dijo Mosses Pacific Savage a su *sensei* Wiekong que caminaba junto a él por el *hall* del hotel.

—Sí, tiene miedo de perder su repugnante negocio y actuará con violencia.

—Es lo que deseo.

—Será muy peligroso —observó el anciano oriental —No le tengo miedo.

—Si él fuera sabio, dejaría pasar un poco de tiempo para que todo volviera a la calma, para que las aguas se encauzaran de nuevo.

—Fred Lupone no es de los que esperan.

—Es cierto, tiene miedo de que todo su negocio se hunda. Una denuncia pública, a través de las pantallas de la televisión europea, podría unir a sus víctimas y todos se negarían a pagar. El negocio de extorsión que tiene montado se vendría abajo. El golpe que más le ha dolido a Lupone es que has averiguado su identidad e, incluso, conoces su cuenta corriente cifrada. Has llegado hasta él cuando se creía invulnerable porque nadie le podía relacionar con la extorsión que efectuaba la Aseguradora Internacional La Valetta.

—Ahora habrá que ver por dónde replica. Hay que esperar su golpe y saber encajar.

—Embestirá con furia, como uno de esos toros bravos españoles.

—Esperemos que tú consigas torearlo y rematarlo, al fin, con la espada.

—Sí, esperémoslo.

—No olvides que muchos toreros mueren corneados...

Salieron del hotel yendo al aparcamiento. Montaron en el «Seat» 1200 y lo pusieron en marcha. Cuando el auto comenzaba a rodar por el asfalto, por el centro de la amplia calle apareció un «Lancia Stratos» rojo, que venía a una velocidad imprudente.

De súbito, uno de sus neumáticos delanteros estalló y el «Lancia», sin disminuir su velocidad, hizo dos eses muy espectaculares y se lanzó contra el costado del coche conducido por Savage sin que éste tuviera tiempo de evitar la colisión.

El «Seat» fue desplazado de costado y a punto estuvo de volcar, ante la durísima embestida que le hundió la puerta de la carrocería, en general. Plancha, cristal, todo hizo ruido en el impacto. Los viandantes se los quedaron mirando.

La conductora del «Lancia» se desprendió del doble cinturón de

seguridad que llevaba puesto y corrió hacia elSeat cuando ya M. P. Savage salía por la portezuela opuesta a la que recibiera el impacto.

— ¡Lo siento, lo siento, ha reventado una rueda, todos lo han visto!

Savage la miró con inusitada dureza, pero apartó los ojos de ella para interesarse por el anciano *sensei* Wiekong al que veneraba por su sabiduría y nobleza.

Un guardia municipal se les acercó, corriendo.

— ¿Qué ha sucedido?

Varias personas le explicaron lo que acababa de ocurrir. La mujer, joven y esbelta, explicó, chapurreando el español:

—Se ha reventado una rueda y no he podido controlar el coche.

El guardia observó la rueda del «Lancia» rojo y viéndola reventada, asintió con la cabeza.

—No se preocupe, señorita, ha sido un accidente; a cualquiera se le puede reventar una rueda.

— ¡Un taxi, rápido; un taxi para llevar a este anciano a una clínica! —pidió Savage, sosteniendo entre sus brazos a Wiekong, el cual permanecía con los ojos cerrados y un hilillo de sangre escapaba por las comisuras de sus labios, sin embargo, respiraba.

—Yo voy con ustedes —se ofreció la mujer—. Me siento responsable, no saben cuánto lo lamento. Mi compañía de seguros pagará todo el estropicio.

Unas lágrimas saltaron de sus hermosos ojos azules, más ella ignoraba que a M. P. Savage no le impresionaban las lágrimas de mujer, por muy atractiva que ésta fuera, tan atractiva como aquella que no veía forma de disculparse.

M. P. Savage no le dijo nada, no le recriminó nada. Estaba vivamente impresionado por lo sucedido a su *sensei* al que introdujo en un amplio auto-taxi.

Bianca se sentó junto al conductor y el taxista cambió unas palabras con el agente municipal que se quedó al cargo de los vehículos siniestrados, a la espera del patrullero que levantara el atestado de lo sucedido.

El taxi, tocando el claxon con insistencia, rodó por las calles de Málaga, abriéndose paso. De esta forma llegaron, en poco tiempo, a una gran clínica.

M. P. Savage depositó al anciano en una camilla que pasó directamente a manos de los médicos que comenzaron la exploración del cuerpo del oriental. Viéndole tan anciano, no disimularon su inquietud. Lo que ignoraban era la fabulosa resistencia de aquel cuerpo ascético que en su vida se había dejado arrastrar por los vicios.

Savage explicó a un hombre Con bata blanca lo sucedido. Este tomó unos datos y le rogó:

—Aguarden en la salita de espera. No podemos decirle cuánto tiempo tardaremos, se hará todo lo humanamente posible.

M. P. Savage se dejó caer en un sofá. Se hallaba profundamente preocupado, más por lo que pudiera sucederle a *sensei* Wiekong que por el accidente en sí.

—Lamento mucho lo ocurrido, espero que el anciano se reponga —dijo ella abriendo su bolso, nerviosamente, para sacar un paquete de cigarrillos y un encendedor. Ofreció el paquete de tabaco a Savage y éste negó.

—No fumo.

— ¿Le molesta que yo fume?

—En absoluto, es tu problema —le dijo, tuteándola desde el principio.

— ¡Maldita rueda! —exclamó ella tras expulsar una bocanada de humo—. ¿Es tu padre?

—No.

—Es chino o algo por el estilo, ¿verdad?

—Sí.

—Tú pareces oriental, aunque quizá no lo seas.

—Soy ciudadano norteamericano.

—Eso no quiere decir nada respecto a raza. Hay norteamericanos de todas las razas.

—Sí, negros orientales, europeos emigrados, desde los países escandinavos a mediterráneos. Los Estados Unidos son una mezcla de razas muy importante.

—Una mezcla que no se disuelve bien.

—Es verdad. Yo no sé si llevo sangre oriental o no.

— ¿No lo sabes, procedes de un orfanato o algo por el estilo?

—Me crie en el orfanato norteamericano de la base militar de Okinawa.

—Entonces ¿tu padre era militar?

—Supongo que sí. Sólo sé que mi madre viajaba en un avión de las fuerzas aéreas norteamericanas y que estaba embarazada.

—Pues, ella te diría quién fue tu padre.

—Mi madre murió, el avión cayó al océano. Yo nací gracias a los cuidados de un enfermero que perdió la razón bajo los efectos del sol, la soledad y la desesperación. Nunca he sabido a ciencia cierta quiénes fueron mis padres, pero sí se sabe que soy ciudadano norteamericano porque todas las mujeres, blancas y japonesas que viajaban en el aparato siniestrado, tenían la ciudadanía norteamericana.

—Es muy interesante y emocionante tu nacimiento. ¿Cómo te llamas?

—Moses Pacific Savage.

— ¿Y quién te puso esos nombres?

—Moses, por haber sido encontrado en un lanchón neumático flotando en el océano; Pacific, por ser, precisamente, en el océano Pacífico.

— ¿Y Savage?

—Bueno, de niño parece que era muy salvaje y me quedó lo de Savage,

—Es una paradoja llamarse Pacific y Savage después; lo cierto es que no pareces nada salvaje, si no muy frio y controlado.

—Conseguí ser como soy desde que encontré a *sensei.*

— ¿*Sensei* es el anciano oriental que ahora está en el quirófano?

—Sí.

—Dios haga que no le suceda nada trágico, pero... ¡es tan viejo! —Dio una larga chupada a su cigarrillo y mirando al hombre de reojo aclaró—: Me llamo Bianca.

— ¿Italiana?

—No, en realidad tengo nacionalidad suiza. No soy tan complicada como tú en eso de la nacionalidad, pero tampoco soy sencilla. La verdad es que no tengo muchas raíces. Mi padre era diplomático.

— ¿Embajador?

—No, no tanto, cónsul, y estuvo destinado en varios países diferentes. Nunca fue un hombre muy importante, pero gracias a él viajé mucho y adquirí mundología, eso de ser y estar en todas partes, de sentirte natural.

Savage no tenía muchos deseos de hablar. Por su parte, Bianca fumó varios cigarrillos.

Los minutos se transformaron en horas, y, al fin, apareció un médico de edad madura.

— ¿Es usted el señor Savage? —preguntó, encarándose con él.

—Sí.

— ¿Usted se hace cargo del señor Wiekong?

—Sí.

—Tendrá que firmar unos impresos, cosa de rutina.

— ¿Cómo se encuentra?

—Hemos tenido que intervenirle. Dos costillas rotas, conmoción cerebral y el fémur astillado. Es una situación muy delicada. Tendrá que estar unos días sometido a intensa observación. Confiamos en que se repondrá y superará la crisis; de todos modos, nada pueden hacer aquí en la clínica. Tenemos personal muy competente que lo vigilarán día y noche.

— ¿Puedo verle?

—Ahora, posoperado, está inconsciente.

—No obstante, quisiera verle antes de abandonar la clínica.

—Está bien, síganme.

Savage y Bianca fueron tras el médico que llevaba unos papeles en la mano. No hablaron, mientras avanzaban por los corredores blancos y bien iluminados de la clínica.

Al fin, en una habitación en penumbra, pero no por falta de ventanales, sino porque las persianas se hallaban bajadas, encontraron al *sensei* Wiekong, vendado de pecho y pierna y con un gota a gota colocado en la vena del pliegue del codo.

Savage se acercó a la cabecera de la cama y le habló con voz profunda.

—*Sensei...*

—No puede oírle; está conmocionado aún y bajo los efectos de la anestesia.

Savage hizo caso omiso de las palabras del médico occidental. Él sabia cosas que la Medicina moderna occidental no quería admitir. Alargó sus manos y las colocó en el rostro del anciano, aplicando las yemas de sus dedos en las sienes y en los parietales.

Hizo varias presiones, apenas perceptibles desde el exterior, y volvió a interpelar:

—*Sensei, sensei,* soy Savage, tu discípulo. ¿Me oyes, *sensei?*

—No es bueno que lo atosigue —insistió el médico, preocupado.

Bianca movía los dedos nerviosamente, se notaba que necesitaba un cigarrillo para ocupar sus manos.

El anciano, contra lo que el médico esperaba, abrió lentamente los párpados y mostró sus ojos.

— ¡Hola, Savage! ¿Sigo en el mundo de las lágrimas: y las risas, de las aves y los peces, en el mundo del cielo y el agua, la tierra y el amor?

—Sí, *sensei,* continuamos en el mundo de los vivos y deberás hacer un esfuerzo por recuperarte. Te necesitamos en *Liberty Garden;* tú eres la guía espiritual, quien enseña el *Lo* a los jóvenes *budokas.*

—Cuando un *sensei* desaparece, vuelve a ser tierra, agua y aire y otro *sensei* ocupará su lugar, es ley de vida.

—Lucha por tu vida, *sensei;* te necesitamos.

El anciano que yacía en el lecho esbozó una sonrisa pacífica. No había rencor en él, ni siquiera una expresión de dolor.

—Savage, ofréceme tus ojos y conseguiré la paz.

El anciano Wiekong, utilizando las brillantes pupilas verdes de Savage, entró en profunda meditación trascendental, dejando su mente libre de problemas para que el cuerpo rindiera al máximo para sí mismo en busca de una curación, de una regeneración de sus tejidos.

Los ojos del anciano quedaron cerrados aunque no por completo. El médico, preocupado, se le acercó y le tomó el pulso.

— ¿Cómo es posible?

— ¿El qué? —inquirió Savage.

— ¡Su pulso ha descendido!

—Sí, pero no se inquiete, porque tiene en sus manos a un paciente muy especial que está colaborando con usted para que la curación sea rápida y perfecta.

—Pero, ha caído en coma...

—No, no es coma, es meditación *Zen.* Ahora, a este anciano sólo le preocupa restablecerse y todo su cuerpo, hasta la última célula, trabajará para esa curación.

Todo pensamiento o movimiento ajeno a la curación quedará anulado.

El médico carraspeó un poco, preocupado y suspicaz.

—Bien, respetaremos su conducta. ¿Es un médico chino?

—No exactamente, pero algo así —dijo Savage—, No tema, él se entrega a la ciencia de usted, lo que hace es colaborar.

—Lo tendré en cuenta; mejor que sea un buen paciente.

Salieron a la calle Savage y Bianca. Ella, arreglándose el pelo negro y lacio que tenía tendencia a ocultarle el rostro, preguntó:

— ¿Habrán llevado los coches al taller?

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos, sólo hay que ponerse en contacto con la policía local.

— ¿Y después? —preguntó ella.

—Viendo el estado en que se halla Wiekong, no puedo moverme de Málaga por el momento.

—Yo estoy de vacaciones aquí, me hospedo en un apartamento de Torremolinos. Si no te parece mal, podría acompañarte en esa espera. Lamento mucho lo ocurrido, pero no sé cómo estará mi coche.

—El que yo utilizaba era alquilado, puedo rentar otro. Acepto tu compañía, aunque tengo varias cosas urgentes que llevar a cabo.

Bianca sonrió por primera vez desde que se produjera el accidente Su coche se había lanzado contra el que conducía Savage sin darle tiempo a reaccionar porque estaba saliendo del *parking.*

Savage no podría abandonar España tan aprisa como pensara hacer sólo pocas horas antes

La orden que Bianca recibiera de Fred Lupone había sido cumplida en su primera parte. Lupone debía haber llegado a la conclusión de que Moses Pacific Savage era un problema y la mejor manera de resolverlo era eliminándolo.

CAPÍTULO VII

El japonés Mifune, vestido con un aire estival, os decir, con unos amplios y suaves pantalones oscuros y una camisola que no llamaba la atención, entró en el vestíbulo de la clínica. Se acercó a recepción y preguntó:

— ¿La habitación del señor Wiekong?

La muchacha que atendía el pequeño mostrador sonrió y dijo:

—Sí, es la habitación cuarenta y cuatro.

—Gracias.

— ¿Quiere que le acompañen? —preguntó la joven administrativa, al ver la ancianidad del japonés y su aspecto venerable.

—En el piso cuarto, ¿no?

—Sí, tome el ascensor que está al final del corredor, a la derecha.

—Gracias.

El anciano japonés, con pasito corto pero sin vacilaciones, se dirigió al ascensor. Entró en él y ascendió a, la cuarta planta donde se encontraban los pacientes posoperados y en período de observación.

Todo estaba muy tranquilo. Un gran silencio resbalaba por las paredes asépticas y pintadas en suave verde claro.

Avanzó por el corredor hasta detenerse ante la habitación 44. Apoyó su mano reseca, pero aún fuerte, sobre el pomo de la puerta y la abrió. Dentro de la estancia se podía escuchar, aguzando el oído, una respiración rítmica.

Una penumbra suave lo invadía todo y una enfermera, sentada en una butaca, leía un libro gracias a una lamparita focal.

—Buenas tardes —saludó el japonés, pronunciando con dificultad.

La enfermera le miró. Estuvo a punto de soltar el libro, pero no lo hizo. Sonrió y en voz baja pidió:

—No lo despierte, está descansando, se encuentra mejor. ¿Es hermano de usted?

El japonés sonrió beatíficamente. Era obvio que aquella enfermera no distinguía entre un japonés puro y un chino con sangre okinawense.

Mifune, en vez de acercarse al herido, se aproximó a la enfermera, la cual no receló por su aspecto patriarcal.

— ¿Está usted cansada, señorita?

—No, no me siento cansada, ¿por qué?

El gran maestro de *Karate* que era Mifune, levantó sus manos hasta la altura de las sienes de la joven enfermera y le aplicó sus

dedos índices respectivamente a derecha e izquierda de la cabeza, sobre las sienes.

— ¿Qué hace? —inquirió, perpleja.

—No tema, señorita, pronto estará descansada.

—No estoy cansada.

Sonriendo, Mifune hizo caso omiso de la protesta de la joven que no había sospechado de él y presionó con sus dedos, de tal forma que produjo un intensísimo ‘dolor dentro del cráneo femenino.

La enfermera no pudo evitar que el libro cayera de sus manos y fuera a parar al suelo mientras ella doblaba la cabeza quedando inconsciente, incapaz de resistir el agudo dolor que se le había metido dentro del cráneo como si fueran largos alfileres.

Mifune evitó que la muchacha cayera al suelo. La inclinó sobre la mesa cerca de la lamparita, como si la joven se hubiera dormido leyendo.

—Perfecto —se dijo.

Dio media vuelta y se encaró con el herido. El gota a gota seguía penetrando en sus venas, disolviéndose en la sangre. Estaba muy quieto y su respiración, aunque lenta, parecía rítmica.

—No es la forma en que a mí me hubiera gustado que volviéramos a encontrarnos, Wiekong, pero no siempre se puede elegir.

Tomó con sus dedos la sábana que le cubría y le destapó. Observó, entonces, el cuerpo yacente sobre el lecho, boca arriba, enfajado hasta la ingle para la recuperación de las costillas rotas. La pierna derecha también tenía un vendaje abultado. Los brazos se veían extendidos a lo largo del cuerpo como exánimes, faltos de vida.

—Tendrás una muerte a plazo fijo, pero muy corto, y los doctores occidentales pensarán que has fallecido a causa de las heridas del choque de automóviles.

Despacio, levantó la mano-cuchillo sobre el cuerpo del indefenso *Sensei* para asestarle el golpe definitivo un *shuto-uchi* que malograra la labor de los médicos en su lucha para salvar al anciano Wiekong.

La enfermera seguía inconsciente junto a la lamparita focal que permanecía encendida. Nadie iba a impedir que asestara en el cuerpo maltrecho del *Sensei* de Savage el golpe de *Karate* que lo mataría.

Mas, sucedió lo imprevisto.

Wiekong, que parecía inconsciente, no lo estaba del todo. Intuyendo el peligro, aplicó un *shuto-uke* moviendo su mano por encima de su propio cuerpo en horizontal, alcanzando a su atacante con el golpe, defensivo en el que puso toda su energía.

Wiekong, aprovechando la sorpresa, se había adelantado a su asesino con el *shutouke* que alcanzó a Mifune en el hígado, impidiéndole descargar el golpe mortal sobre su víctima.

El maestro japonés, alcanzado con fuerza, se dobló sobre sí mismo en el suelo mientras Wiekong pulsaba desesperadamente el timbre de llamada para que acudieran en su ayuda antes de que Mifune se repusiera y volviera a la carga y en esta ocasión, Wiekong no tendría tanta suerte, no podía moverse de donde estaba.

Mifune tardó demasiado tiempo en reponerse, unos segundos que fueron vitales, unos segundos que no hubiera perdido de ser más joven y tener un poder de recuperación más rápido.

Entró una enfermera. Al ver que el anciano japonés se reincorporaba, preguntó:

— ¿Qué sucede?

— ¡Es un asesino! —articuló como pudo, Wiekong.

El japonés Mifune asestó un golpe en *tegatana* a la enfermera, alcanzándola en el estómago.

— *¡Kiaiii!*

La chica gritó mientras su compañera se recuperaba, preguntando desconcertada: — ¿Qué pasa?

Mifune, viéndose acorralado, prefirió huir sin ejecutar a su víctima, pues de hacerlo en aquellos instantes, su crimen habría quedado evidente, cayendo en manos de la justicia.

Tras el terrible esfuerzo realizado, Wiekong perdió el sentido mientras las enfermeras se recuperaban sin comprender bien lo que había sucedido en la habitación.

* * *

Cenaron frugalmente en un restaurante de Torremolinos. Moses P. Savage tenía el semblante sombrío. Bianca extendió sus manos por encima de la mesa y ofreciéndole una sonrisa, preguntó:

— ¿Te ofendo, si te propongo ir un ratito a un club?

—No me ofendes.

—Lo digo, porque estando tu *Sensei* en la clínica...

—Nada puedo hacer, ahora, por él.

—Conozco un *night club* que no es muy ruidoso y pienso que te parecerá bien.¿Vamos?

—Sí.

Salieron a la calle. Allí esperaba el «Lancia» rojo al que habían cambiado la rueda reventada y tres o cuatro piezas dañadas en el choque frontal. El resto del automóvil aparecía en bastante buen estado pese a las abolladuras de rigor que se hacían ostensibles.

Moses Pacific Savage miró el deterioro del auto y opinó:

—Tendrás que dejarlo un par de semanas en el taller.

—Sí, ya lo haré cuando tenga unos días libres. Ahora rueda bien y es lo importante. Me han dicho que no lo haga pasar de los doscientos

por hora, para no tener problemas.

—Tampoco podrías pasar, España tiene limitación de velocidad en carreteras.

— ¡Hum! Bueno... ¿subimos?

—Sí, pero esta vez conduzco yo esta máquina de devorar kilómetros.

—Como prefieras.

Savage subió a bordo del «Lancia» color rojo y Bianca se sentó a su lado.

Arrancaron y la preciosa máquina rodante se desplazó, suave, sobre el asfalto.

Savage notó un par o tres de ruidos que consideró anormales.

—Funciona, pero ha de ser reparado.

—De momento, la compañía de seguros no ha enviado a su perito. Los del taller han hecho ya una primera evaluación de daños, no es mucho.

— ¿A cuánto sube?

—Unas ochenta mil pesetas, algo más de mil dólares.

—No está mal para ser unas pequeñas abolladuras, algún cambio de manguitos, pintura y los faros.

—Tengo una buena compañía de seguros y no habrá problemas. También pagará tu coche.

—No es mío, era alquilado. La agencia sí luchará por cobrar hasta la última peseta.

—Después de todo, no hay que enfadarse demasiado; ha sido por culpa del reventón de una rueda.

M. P. Savage no respondió. Condujo suave en la dirección que Bianca indicó y media hora más tarde, se hallaban sentados en una mesa de un *night club* con ambiente cosmopolita. Tal como anticipara Bianca, no era demasiado ruidoso, no se parecía a las discotecas obsesivas y ensordecedoras, aptas para oídos poco sensibles.

El local, sin serlo en su totalidad, tenía una ambientación oriental. Incluso, un conjunto de bailarinas que apareció en la pista eran orientales, concretamente tailandesas que movían sus cuerpos con una gracia excepcional. Aquel grupo de cinco muchachas sabía mucho del cortejo sexual y cómo atraer al varón.

Contemplaron un par de atracciones más, saboreando champaña catalán de gran reserva y después, bailaron. Savage bailaba con mucha suavidad y Bianca se amoldó a su cuerpo, de tal forma, que quedaron casi soldados entre sí. Ella buscó la mejilla de él y ronroneó:

—Lamento mucho que nuestro encuentro se haya producido de esta forma tan odiosa, pero estoy contenta de haber tropezado contigo.

El hombre extendió sus dedos hacia la espalda desnuda de Bianca y la acarició con ligeras presiones que él sabía cómo realizar y en los puntos precisos. Bianca comenzó a entornar sus párpados, de placer.

— ¿Qué haces, Savage?

—Te preparo.

— ¿Para qué? —inquirió, casi con un ronroneo de gata.

— ¿No te lo imaginas?

—En mi bungalow tengo un buen magnetófono. Podremos seguir bailando más a gusto y tú seguir preparándome...

— ¿Para qué? —preguntó él irónico.

—No seas cínico, sabes perfectamente para qué.

No tardaron en abandonar el local y con el «Lancia Stratos» rodaron hacia el bungalow, próximo a la playa, que tenía alquilado Bianca.

La urbanización era tranquila, bien cuidada en jardinería. El bungalow de Bianca estaba en primera línea de la playa; aquella playa de arena suave y oscura. No era grande, tenía un saloncito, una habitación y un baño. No había más, pero Savage consideró:

—Suficiente.

—Verás como estaremos bien. Mañana podrás ver a Wiekong; esta noche, olvídalo.

— ¿Qué te parece, si nos damos un chapuzón? Esta playa es magnífica. Claro que no tengo traje de baño.

— ¿Qué importa eso? Yo lo tengo, pero no lo emplearé. Es más relajante nadar sin sujeciones. Vamos, pero antes...

— ¿Qué?

—Todavía no sé cómo besas. En el club podías haberlo intentado y no lo has hecho, ¿no soy de tu agrado?

—Estaba preocupado.

— ¿Continúas estándolo?

—Tus ojos, tu boca, me hacen pensar en otras cosas.

— ¿En mí, por ejemplo?

— ¿Por qué no? Te advierto que no fumo, pero...

Ella le entregó sus labios. Savage los acarició con los suyos y supo hacerlo con intensidad. Bianca se le oprimió; no era ninguna ingenua y supo corresponder bien y con idéntica vehemencia. La caricia labial se prolongó y fue el preámbulo de un conocimiento más profundo...

Bianca dejó caer en la playa, cerca del agua, una bolsa con una toalla y cogidos de la mano, saltaron hacia las olas, salpicando en su entorno. Sobre ellos, un cielo plagado de estrellas y delante, un mar tranquilo. Al otro lado estaba África. Rieron y nadaron.

Bianca era muy ágil. De cuerpo más bien delgado, tenía, sin embargo, unos pechos prominentes y turgentes. Su vientre era

aplastado y sus nalgas bien redondas, prietas y algo pequeñas. El modelo femenino de mujeres de caderas anchas, al estilo de Sofía Loren, había quedado anclado en el pasado de los gustos sensuales.

Savage nadaba a su altura. Veía el color claro de la piel femenina destacando en la negrura de las aguas. Jugaron un poco y regresaron a la playa.

Bianca fue hasta su bolsa, tomó una toalla y se secó ligeramente. Sacó un *spray* y de forma inesperada para Savage, le disparó al rostro parte del contenido del frasco aparentemente inofensivo y que podía haber sido crema, perfume o desodorante, mas no era así; aquel *spray* contenía un narcótico de efectos rapidísimos.

Savage, atacado traicioneramente, se llevó las manos a la cara. Sintió un vivo escozor en los ojos aparte de los efectos del narcótico. Consiguió mirar a Bianca que aún tenía el frasco de *spray* en la mano, apuntándole.

—Bianca, sé quién eres —silabeó.

La mujer volvió a disparar otra pulverización. Savage, pese a su aturdimiento, consiguió apartarse para que no le diera de lleno en el rostro.

En aquel momento, irrumpieron en la playa cuatro sombras, cuatro hombres que corrieron hacia Savage. La trampa, pese a haberla intuido, resultó perfecta.

— ¡Ya es vuestro! —dijo Bianca a los que llegaban corriendo.

Todo no fue tan fácil.

Cuando iban a sujetarlo, Savage lanzó su *kiai* silencioso pero tan efectivo como el más atronador y que podía poner los pelos de punta a su adversario, atontarlo y derribarlo tras hacerle perder la estabilidad.

El primero que se puso a su alcance recibió un *gyaku-zuki* entre las cejas que lo tumbó.

Al segundo consiguió alcanzarle con una *ashigatana* en el hígado.

El puñetazo invertido y el puntapié, respectivamente, lograron alcanzar sus objetivos y dos sicarios quedaron sobre la arena. Mas, el narcótico hacía su efecto y Savage apenas podía ver las figuras atacantes que cada vez se hacían más borrosas.

Estaba como ebrio y sus piernas se algodonaban, pero resolvió luchar hasta el fin.

— *¡Kiaiii!*

Amagó un *empi-uchi* de codo, hacia el rostro de uno de sus adversarios y lo que hizo fue pasarle por debajo la mano-cuchillo, alcanzándole en el vientre.

— ¡Aaaaaggg!

— *¡Kiaiii!* —gritó otro de los atacantes, volando materialmente.

Alcanzó a Savage con un talonazo en el mismísimo occipucio, derribándole al suelo.

— *¡Kiaiii!*

El rugido lo profirió otro de los que antes habían caído y que, ahora, recuperado, voló y cayó con un brutal talonazo sobre los riñones de Savage que estaba sobre la arena, boca abajo.

Savage apretó los dientes para contener el dolor y mascó la arena.

Otro de los atacantes, aprovechando que M. P. Savage se hallaba tendido sobre la arena, narcotizado, descargó entre sus omoplatos un *kentsui.* El puño cerrado, en forma de mazo, dio de lleno en el punto deseado y el cuerpo de Savage no pudo por menos que retorcerse de dolor.

— ¡Basta! —escuchó, de forma apenas audible, que exigía la voz de Bianca—. ¡Lo vais a matar!

Un nuevo e intensísimo dolor le llegó a Savage por el costado, obligándole a abrir la boca hasta casi desencajar sus mandíbulas.

La *ashigatana,* traidora y abusiva, entró con criminal perfección.

Savage ya no pudo oír nada más. Los dolores se esfumaron y se sumergió en una negrura completa.

CAPÍTULO VIII

Corría por la arena fina, húmeda y cálida. Ante él corría Bianca, iluminada por un sol en su ocaso, un sol rojizo que hacía que la piel de la mujer se viera más bronceada, una piel perlada de gotas de agua salada.

Savage sentía intensos dolores en la cabeza, en el costado, en los riñones, entre los omoplatos. Era como si punzones de acero al rojo hurgaran entre sus carnes y aquellos dolores mermaban su rendimiento en la carrera y le obligaban a detenerse en busca de aire mientras su cabeza se embotaba.

Todo se hacía borroso... Rojo, azul, ocre. El rumor de las suaves olas batiendo en la arena se convertía en el desagradable zumbido de un enjambre de avispas.

Abría la boca en busca de aire. Su nariz, pese a tenerla bien, no permitía suficiente entrada de aire para lo que requerían sus pulmones.

Cuando desfallecía y estaba a punto de que las rodillas se le doblaran, Bianca se detenía. Giraba la cabeza hacia él, provocativa, ardiente y sensual y le sonreía mostrándole sus dientes, sus labios húmedos y algo blancos en sus bordes a causa de la sal que se secaba en ellos. Los ojos inmensos, con un brillo penetrante, semejaban llamarle.

— ¡Ven, Savage, corre conmigo, cógeme si puedes!

Se reía, se reía y su carcajada lo envolvía. Sacando fuerzas de su *Ki* (1), reanudaba la persecución y Bianca, sin importarle el dolor que mermaba las fuerzas del varón, lo provocaba con su cuerpo de piel sedosa y bronceada.

(1) Energía vital.

Movía sus caderas desnudas, sus piernas torneadas, los pechos grandes pero no en exceso y sus pezones aumentaban su color de ciruela oscura, llena de carne pulposa y dulce, tras la piel brillante.

Savage dio un salto impulsándose sobre las puntas de los pies y con los brazos abiertos consiguió alcanzar la cintura de Bianca, apresándola.

— ¡Aaaayyy! —gritó ella.

Cayeron ambos y rodaron sobre la arena. Bianca quiso zafarse entre risas y quejas que sonaban como grititos y jadeos sensuales. De cuando en cuando, golpeaba al hombre con las puntas de sus dedos y también le pellizcó allá donde alcanzó. No sólo no le importaba hacerle daño sino que se olvidaba de los dolores que ya actuaban como *hándicap* sobre Savage.

Llegaron hasta la mismísima orilla, allá donde el agua salada llegaba suavemente, apenas con un centímetro o dos de altura.

Savage logró retenerla en el suelo boca abajo y a horcajadas sobre ella, la sujetó, inmovilizándola.

— ¡Eres una zorra, una maldita zorra! —le increpó jadeante.

— ¡No conseguirás nada, nada! —reía ella, pese a sentir el peso del hombre sobre su cuerpo.

Savage se inclinó sobre ella y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Ella movió la cabeza, retirando la oreja, y Savage apartó con su propio rostro el abundante cabello con los dientes, ejerciendo una ligera presión.

— ¡Suéltame, suéltame! ¡Vas a partirme el cuello! —gritó ella, mientras notaba que el agua del mar llegaba hasta su boca.

Savage, sin permitir que pudiera escapar, le dio la vuelta y la puso boca arriba, manteniéndose a horcajadas sobre ella para que no huyera de nuevo cuando él tenía dificultades para perseguirla, a causa de los intensos dolores que lo atenazaban.

— ¡Eres una zorra, Bianca, me la has jugado!

Ella no parecía rabiosa sino provocativa. Se reía de él, desafiante, pese a estar inmovilizada.

— ¡Véngate, anda, a ver cómo te vengas, Savage!

Bianca reía, reía... Savage se inclinó sobre ella y le tapó la boca con la suya. Bianca le mordió con fiereza, él aguantó el dolor y como premio, ella dejó de morderle para pasar a las caricias labiales.

Savage notó que su sangre corría más aprisa por sus venas, que las sienes le palpitaban como tambores y que el sol se hacía más rojo que nunca. Se apretó contra ella y la joven ya no reía sino que se estremecía en el intenso contacto.

El agua del mar, yendo y viniendo, alcanzándoles, no lograba enfriar el fuego que bullía dentro de ellos.

Savage consiguió ascender en el gozo del placer y no supo por qué, pero se sintió como encima de un bote neumático que oscilaba bajo su peso, a merced de las olas.

Sobre él, un sol que aumentaba de intensidad... Tuvo la impresión de hallarse en alta mar y no en la playa, amando a Bianca.

El sol debió calentar sus sesos de tal forma que semejó derretirlos. Un dolor intensísimo y un horrísono zumbido invadieron sus sentidos. Sus ojos se apagaron pero no su dolor y le pareció que Bianca había escapado de sus manos.

— ¡Bianca, Bianca! —llamó—. ¡Bianca!

Dos secas y sonoras bofetadas le arrancaron de las tinieblas y cobró conciencia de que era un ser vivo y con problemas.

Parpadeó. Las mejillas le ardían y no precisamente de placer.

Observó en derredor, estaba en un lugar que recordaba... La luz era artificial y provenía de unos tubos fluorescentes instalados en el techo.

— ¡El *dojo!*

—Sí, mi *dojo* —corroboró Fred Lupone que estaba frente a él, fumando un cigarro.

Parecía satisfecho, aunque en el rictus de su boca se adivinaba algo amargo. Las cosas no le iban todo lo bien que deseaba pero pretendía disimularlo.

Savage movió la cabeza como queriendo quitarse el enjambre de avispas que zumbaban dentro de su cráneo. Todo le dolía, era obvio que había recibido un duro castigo aplicado por *karatekas.*

Se hallaba en el centro del *tatami.* Una cuerda bajaba perpendicular desde el techo y terminaba en sus manos, esposadas a la espalda con manillas de acero.

Savage vestía su *judogi* morado-violeta con la flor del pensamiento bordada en oro en la espalda; no había, otro igual en todo el mundo.

Descubrió, entonces, a cinco *karatekas* vestidos con *judogis* blancos y los cinturones negros y al profesor del *dojo* vestido con su *judogi* negro con cinturón rojiblanco. También estaba allí el *Sensei* japonés Mifune, maestro en las artes secretas del *hiho.*

Fred Lupone vestía un traje blanco y no faltaba Bianca a la reunión, embutida en un ceñidísimo mono de seda con estampado de leopardo que se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel. Nada más llevaba debajo y los brazos aparecían totalmente desnudos, lo mismo que los pies a partir de los tobillos.

Era una verdadera pantera, una bellísima y sensual pantera que le observaba como al prisionero indefenso y castigado, acosado por intensos dolores.

Sin embargo, al escrutarla con sus ojos verdes, a Savage le pareció descubrir en las pupilas femeninas un hálito de inquietud, de pesar, casi de vergüenza.

—Bien, listillo, vamos a hablar pero a mí manera. Nadie sabe que estás aquí, me he asegurado de que no te noten a faltar.

—Me están esperando en Roma —dijo Savage.

—Sí, ya lo sé, pero si no llegas todo irá mejor para mí, por supuesto. Te ofrecí una solución fácil y rentable para ti. Te lo dije, *yo cobro, tú callas y ellos pagan,* pero por lo visto no deseas que las cosas sean así de sencillas.

—Se terminó tu *racket* a los deportistas, cantantes y actores, se acabó la extorsión a los famosos, se terminó la Aseguradora La Valetta.

—Te equivocas. He tenido un tropiezo, lo admito, pero sólo es eso, un tropiezo. Por cierto, ¿qué sucedió con míster Campbell?

—No sé de qué me hablas.

—Estuviste en La Valetta, mis hombres lo han comprobado. Visitaste a míster Campbell y a partir de ese momento, sucedieron cosas extrañas. ¿Sabías que Campbell ha sido internado en una clínica psiquiátrica? Por lo visto, la policía de Malta ha demostrado que fue el propio Campbell quien le prendió fuego a los archivos Llegó por la noche, lo roció todo con gasolina y ¡hala! a arder... ¿No te parece un poco raro?

—A lo mejor se despertó su conciencia.

— ¿Su conciencia? —Le castigó con otra bofetada que hizo girar la cabeza del cautivo Savage—. Míster Campbell no recuerda nada de lo que hizo, no comprende por qué quemó la oficina. Asegura que no fue él. Se le suponen trastornos mentales peligrosos, por eso está con una camisa de fuerza. Eres muy hábil, Savage. —Se volvió hacia el *Sensei* japonés y pidió—: Dile lo que piensas que ha ocurrido.

—Savage ha utilizado el poder de la hipnosis oriental.

— ¿Está equivocado Mifune, Savage? ¡Vamos, habla! —insistió Fred Lupone, que se sabía dueño de la situación.

Savage estaba bien esposado y rodeado por *karatekas* que conocían perfectamente las *Artes Marciales Orientales* y que podían eliminar a un enemigo con uno sólo de sus golpes mortales.

—Yo sabía que Bianca trabajaba para ti, Lupone.

—Y si lo sabías, ¿por qué te has dejado coger como un pajarito?

—Le estaba haciendo el juego. Tenía tiempo que perder porque *Sensei* Wiekong está en la clínica, reponiéndose del maldito choque.

—Pues ya ves que te has confiado demasiado, Savage, demasiado —se rio Lupone, considerándose el más astuto en la jugada.

—Bianca, el choque fue a propósito, ¿verdad?

—Sí.

— ¿Y la rueda?

—Estaba preparada para que reventase en el momento oportuno, no fue difícil.

—Lo supuse. Debía parecer un accidente fortuito, necesitabas retenerme en la Costa del Sol.

—Ella cumplía órdenes y lo ha hecho muy bien. ¿O acaso has creído que se ha dejado arrastrar por tus encantos? —Lupone volvió a reír; no parecía tener prisa.

Savage buscó, de nuevo, los ojos de Bianca y ésta desvió la mirada; no se sentía a gusto.

Savage, no sabía por qué, había conseguido apoderarse de sus sentimientos, cuando ningún hombre lo había logrado jamás.

—No podrás impedir que tu imperio de extorsión caiga, Lupone.

— ¿Cómo piensas destruirme?

—Tengo amigos que están preparando la denuncia pública de una

de sus víctimas. Mostrará por la televisión uno de tus repugnantes contratos y explicará a todo el mundo lo que significa. Añadirá que la Aseguradora La Valetta ha desaparecido, porque su gerente la ha incendiado en un despertar de su conciencia, y desde Malta confirmarán la noticia. Nadie volverá a enviar un giro. La cuenta de tu Banco, en Suiza, será denunciada y tu nombre sonará por todas partes, serás rechazado por los que te han venido visitando. Estás en la pendiente, Lupone, y has comenzado a caer. Te creías invulnerable y ahora te das cuenta de que no lo eres.

—Soy el más fuerte, ¿no te has dado cuenta aún? Estás aquí, colgando de una cuerda como un títere. He enviado a tu hotel por tus cosas, he pagado tu cuenta y has desaparecido, nadie te buscará. En tu maleta hemos encontrado tu famoso *judogi.* Mifune —señaló al japonés—, me había dicho qué clase de *judogi* utilizabas para distinguirte de los demás y te lo hemos puesto. Así, cuando te derrumbes, tu humillación será más completa.

—Podrás matarme, Lupone, pero no conseguirás humillarme.

—Espíritu de mártir... ¿eh? Bien, Savage, de nada te servirá hacerte el valiente. Ahora hablarás, para que podamos evitar que tus amigos cometan lo irremediable. Tienes la oportunidad de empezar a hablar, te ahorrarás dolores. Vas a decirme quién es el bocazas que quiere denunciarme, me dirás quiénes son tus amigos y dónde se esconden. Abortaremos ese ingenuo plan tuyo para estropearme el negocio y tú salvarás el cuero.

—Me das pena, Lupone. Mis amigos, si no llego en la fecha prevista, actuarán en consecuencia, todo estaba calculado. ¿Por qué crees, si no, que le seguía el juego a Bianca, pese a saber que trabaja a tus órdenes?

— ¿Quién te lo dijo?

—Tampoco voy a decírtelo pero lo sabía, conocía su nombre y su aspecto. Aunque me mates no podrás evitar que el plan siga adelante. Los de la RAI están esperando la filmación de la denuncia y los italianos consideran muy importante a sus ídolos del balón. Tendrá una audiencia masiva y por la trascendencia de las declaraciones, posiblemente pasarán la filmación en otros programas, por toda Europa. Tus víctimas se irán enterando por la televisión, la radio y la Prensa, del derrumbe de tu imperio de *racket.* Perdiste, Lupone; matarme no te beneficiará en nada.

—Es que no pienso matarte por ahora. Primero, hablarás. ¿Lo entiendes? Hablarás —silabeó, con las mandíbulas contraídas.

—Eres un iluso, Lupone, un pobre iluso.

—De acuerdo, Savage, entonces comenzaremos la sesión. Bianca tendrá el honor de empezar. No te dará el placer que tú deseabas obtener de ella, sino unos intensos dolores que no te gustarán lo más

mínimo. —Se volvió hacia la muchacha y ordenó—; Empieza con él, algo doloroso y que sea humillante. Vamos, Bianca, enséñale que no debe ser tan confiado con las mujeres hermosas.

—Adelante, Bianca, obedece una vez más a tu amo, pon tus habilidades al servicio de la ruindad —pidió el propio Savage.

—Complácele, Bianca, ofrécele una muestra de tu técnica para que vaya entrando en calor, pero no el calor que todos los varones desean... ¡Adelante!

Bianca avanzó ondulando sus caderas, sus muslos en torno a los que se ceñía la seda estampada en leopardo. Movió su busto, cuyas aréolas quedaban bien marcadas en la seda.

Se detuvo frente a Savage. Este, con las manos a la espalda y sujetas a la cuerda que pendía del techo, la miró sin miedo, rectamente a los ojos.

Bianca echó un pie hacia atrás y se colocó en postura *zenkutsu-dachi* preparándose para el ataque, con técnica de *Karate.* Savage no se movió; continuó mirándola sin pestañear.

— *¡Kiaiii!*

El *kiai* de Bianca fue largo, agudo. Lanzó un *haito-uchi* seguido de un talonazo, pero ninguno de los dos golpes llegaron a las carnes de Savage. Como si estuviera en competición formal, marcaba los puntos pero no impactaba, lo que era más difícil. Savage no se había alterado en absoluto, tampoco retrocedió ante el ataque de la bellísima *karateka.*

— ¿Qué te pasa, Bianca, por qué no le has dado? —gruñó Fred Lupone.

—Parece que nuestra deliciosa Bianca —habló Mifune sonriendo maligno—, quiere practicar *katas,* sólo ejercicios; no se da cuenta de que esto va en serio.

— ¡Claro que es en serio! —recalcó Lupone.

—Ya está bien, Lupone, he hecho todo lo que me has ordenado. El *Sensei* chino se halla en el hospital gracias a que yo me jugué la piel con el «Lancia» y Savage está colgado de esa cuerda porque yo le hice caer en la trampa y le metí el *spray* en la cara.

¿Por qué tengo que seguir siendo yo la que lo haga todo?

Molesto, Lupone objetó:

—Al oírte, cualquiera pensaría que te estás ablandando. Bianca.

—Es mejor que ella quede como espectadora —intervino Mifune—. Tiene razón, ya ha hecho su trabajo y ahora puede continuar Yama Karo.

Señaló al *karateka* del *judogi* negro y el cinturón rojiblanco.

— ¡Pues, adelante, Yama Karo! —ordenó Fred Lupone, mientras se echaba ligeramente hacia atrás para dejar sitio.

Bianca se alejó hacia la pared como si no deseara permanecer en aquel lugar que iba a convertirse en un *tatami* de tortura.

—Todavía estás a tiempo de evitar que te rompan los huesos, uno a uno —advirtió Lupone entre dientes.

—No vas a conseguir más que satisfacer tu sadismo, Lupone. En cada caso en que me meto de cabeza, sé que me juego el todo por el todo y nunca me ha gustado que me maten. Todos nacemos para morir, es un buen principio para no temer a la muerte.

—Empieza, Yama Karo, pero no lo mates, tiene que hablar.

—Comprendido —asintió el profesor del *dojo* que, pese a ser monitor, estaba bajo las órdenes de Mifune—. ¡*Kiaiii!*

Yama Karo atacó con *mano-espada* para comenzar castigando el hígado de Savage; mas, se encontró con la desagradable sorpresa de recibir el impacto de una *mawashigeri* en el vientre. El golpe de pie, en semicírculo, entró con limpieza, sorprendiéndole, cuando Yama Karo no esperaba ninguna reacción en contra.

Parecía haber olvidado que Savage no iba a tener con él las mismas atenciones y miramientos que tuviera con Bianca.

Savage no se conformó con aplicarle el *mawashi-geri;* siempre apoyándose en la cuerda a la que permanecía sujeto, giró sobre sí mismo y le propinó un *kakato-geri.*

El talonazo entró de abajo arriba, alcanzándole en el cuello.

Yama Karo cayó hacia atrás quedando tendido sobre el *tatami.* Savage, en su posición de víctima, había sabido contraatacar.

— ¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡Sujetadlo, dadle duro! —ordenó Lupone, furioso al ver lo que había conseguido Savage con el *karateka* vestido de negro.

Los *karatekas* le atacaron por los cuatro costados...

Savage se defendió dentro de sus posibilidades pues no podía utilizar las manos.

Sus muñecas se segaban por el acero de las esposas.

— *¡Kiaiii!* —gritó uno de ellos, consiguiendo aplicarle un *shuto-uchi* en los riñones.

Por más que luchaba, Savage no podía con todos.

Consiguió repartir *geri-uchis* en torno suyo; la cuerda le limitaba, aunque también se apoyaba en ella para girar de un lado a otro y golpear con los pies.

Fue un combate desigual y violentísimo. Los *karatekas* rodaron por el suelo, pero Yama Karo se repuso y le atacó por la espalda, cuando Savage derribaba a otro de sus atacantes.

El *haito-uchi* que le propinaron en la nuca le derribó y quedó colgado de la cuerda como un saco, inerte, sin vida propia.

Fred Lupone rugió:

— ¡Estúpido, así no hablará y podías haberlo matado!

El viejo *Sensei* Mifune se acercó a Savage. Le levantó los párpados, le tomó el pulso y opinó:

—Tendrá para unas horas.

CAPÍTULO IX

Moses Pacific Savage despertó, súbita y bruscamente.

Abrió los ojos y como si el sentido de la vista fuera indefectiblemente unido al del dolor, sintió horribles punzadas por debajo de las axilas que, de no contenerse, le habrían arrancado un aullido de dolor; sin embargo, Savage estaba preparado para resistir.

Debía haber permanecido algunas horas colgado de la cuerda que se anudaba a las esposas y que le mantenía las manos unidas a la espalda, casi tocando el *tatami* con las rodillas, pues todo el peso de su cuerpo había quedado marcado en las huellas que las esposas de acero habían dejado en torno a sus muñecas, desolladas y sangrantes.

Había poca luz, sólo un foco encendido en el techo y que iluminaba el *tatami.* Buscó con la mirada y descubrió a un *karateka* que leía un libro sentado sobre uno de los bordes del propio *tatami,* justo en la franja oscura.

Aquél sería su centinela. Intentó mover las manos y no lo consiguió. Tenía los dedos inertes, no los notaba, era como si se los hubiesen cortado; no obstante, sus pies aún respondían.

Si el centinela se le acercaba podría aplicarle un *geri* y tumbarlo, pero luego ¿qué?

Se abrió la puerta, produjo un golpe que resonó en el *dojo* que se hallaba en completo silencio. El *karateka* volvió sus ojos hacia la entrada y se tranquilizó.

— ¡Hola, Bianca!

La muchacha, que vestía pantalones claros y una especie de camiseta, se le acercó.

— ¿Cómo sigue el cautivo? —preguntó.

—Ya ves, no reacciona. Parece que Yama Karo le atizó muy fuerte.

—Pudo matarlo.

—Es posible que otro que no fuera Savage hubiese muerto. Este tipo aguanta mucho, pero esta vez se ha pasado de listo.

— ¿Tú crees?

—Sí, Mifune le sacará lo que quiera. Ha dicho que él personalmente se encargará de estirarle la lengua y él sabe cómo hacerlo.

— ¿Y después?

—Lo eliminará. Esta residencia es muy grande, ya sabes. Se abre un agujero, se deja el cuerpo dentro, se planta un árbol encima y a

olvidar.

—Comprendo, pero hay algo que... —dijo dubitativa.

— ¿Qué?

— *¡Kiaiii!*

El vigilante, cogido por sorpresa, no logró esquivar la *ashigatana* debajo de la mandíbula, siendo proyectado hacia atrás. Antes de que se recuperara, Bianca le aplicó un talonazo en la base de la nariz.

El *karateka* quedó tendido sobre el *tatami,* inmóvil, fuera de combate.

Bianca corrió junto a Savage y se inclinó sobre él.

— ¡Savage, Savage! ¿Me puedes oír? —le preguntó en voz baja.

— ¡Hola, Bianca!

— ¡Gracias a Dios que estás bien!

Sacando una llavecita del bolsillo, Bianca se apresuró a abrir las esposas. Savage cayó al suelo sobre el *tatami.*

—Savage, Savage, debes recuperarte, hemos de huir, tienes que hacer un esfuerzo...

Se volcó sobre él y le besó la boca con fuerza. Le succionó y le dio aire, como si estuviera practicando una respiración boca a boca. En su desesperación, parecía tratar de salvarle la vida.

—Bianca, Bianca, ¿qué has hecho?

—Te amo, Savage, te amo. ¡Salgamos de aquí, corro, tengo el coche afuera!

M. P. Savage se puso en pie trabajosamente. Quiso cogerse las muñecas para restablecer la circulación sanguínea y no lo consiguió.

—Aguarda, Bianca. Hazme un masaje en las muñecas pero con cuidado, están desolladas y las manos no me responden.

— ¡Dios mío, Dios mío, podrías, podrías...!

—Perderlas, pero no creo. Anda, muévelas.

Bianca cogió una de las manos de Savage y comenzó a masajearla. De cuando en cuando, miraba al hombre interrogante.

— ¿Responde ahora?

—Sigue, sigue...

Ella prosiguió el masaje hasta que Savage dijo:

—Comienzo a sentir un hormigueo, esto va bien.

Cuando Savage logró mover la mano, dijo:

—Ya está bien; podemos marcharnos, yo mismo me encargaré de la otra mano.

—Tengo el coche afuera, con tus cosas. ¡Vamos, rápido! —apremió.

Le hizo pasar al coche acomodándolo tras el asiento y pidiéndole:

— ¡Agáchate!

La propia Bianca se puso al volante y el «Lancia» arrancó hacia la

salida. Al llegar ante la verja, la joven insistió nerviosa:
— ¡Agáchate, que no te vean!
El vigilante se acercó al coche y Bianca le pidió:
—Abre la puerta, tengo que salir.
—Sí, señorita Bianca.
Savage, pegado al fondo del coche, notó el ruido del motor. Era muy de madrugada. Las estrellas lucían en lo alto, como si estuvieran húmedas. Hacía un frío ligero y Savage se frotaba las manos, regenerándolas tras la tortura a que fueran sometidas. Savage se sintió aliviado al ver que se alejaban de Residencia Soleada. Cuando estimó que se hallaba a una buena distancia de la gran finca, se levantó y preguntó a Bianca:
— ¿Adónde me llevas?
—Al aeropuerto.
—No, no puedo salir.
— ¿Por qué?
—Wiekong está en la clínica.
—Está bien su proceso de recuperación va perfecto, no te preocupes por él, me he interesado yo antes. Lo que importa es salir de España. Si Fred Lupone me atrapa después de liberarte, me va a desollar viva y es muy capaz de hacerlo, le conozco.
— ¿Qué vínculos te unen a Fred Lupone?
—Trabajo para él y cobro un buen salario, eso es todo.
— ¿Seguro?
—Si quieres preguntarme si me he acostado con él, te diré que no.
— ¿Por qué no?
—Te parecerá estúpido pese a lo que Fred Lupone fanfarronea, pero las chicas que acuden a su piscina para exhibirse comentan que es un impotente.
— ¿Y tú qué opinas?
—No lo sé, no he tenido ocasión de averiguarlo y basta de preguntas. Dentro de hora y media sale un avión hacia Madrid, tengo dos pasajes.
— ¿Y luego?
— ¿Adónde quieres ir tú? Yo te sigo.
—Pues, a Roma, por ejemplo.
—De acuerdo. En Madrid cambiaremos de avión y volaremos a Roma.
—Y después, ¿qué harás?
— ¿Después, por qué pensar tanto en el *después?*
—Siempre hay un futuro.
—A mí me gusta vivir al día.
—Si eso te va bien...

—Tengo algún dinerillo, no te puedo decir que sea limpio, pero me va a hacer falta. Es posible que instale algún *dojo* en cualquier parte del mundo o quizá me vuelva burguesita y monte una *boutique.*

—No te veo dirigiendo una *boutique* —opinó sincero.

—Yo tampoco, pero la vida tiene cosas raras. —Giró el volante para evitar que el potente «Lancia Stratos» se fuera contra un poste de señales.

—Eres una buena *budoka.*

—He tenido un maestro excelente.

— ¿Mifune?

—Sí, es mi *sensei.*

— ¿Por qué trabaja Mifune con Lupone; por qué pone en sus manos las técnicas secretas del *hiho?*

—Fred Lupone es muy convincente —repuso Bianca, maniobrando con el volante en dirección al aeropuerto.

—Eso no basta, a *sensei* Mifune no se le convence con facilidad.

—Bueno, la verdad es más materialista, aunque también tiene mucho de espiritual.

— ¿Y cuál es?

—Fred Lupone le está pagando una isla, casi un islote, del Japón.

— ¿Y para qué quiere *sensei* Mifune un islote?

—Es el lugar donde nació. Hay una pequeña aldea medio abandonada, las aguas están algo contaminadas. Allí, sobre una montaña, algo oí hablar de ello, existe un templo. *Sensei* Mifune quiere ese islote y Lupone, a cambio de sus servicios, se lo compra.

— ¿Y ha explicado para qué lo quiere?

—Cuando muera, desea que ese templo acoja sus restos, es una obsesión. Creo que sus padres, cuando él era niño, perdieron su casa, fueron expulsados de la aldea, no sé si por robar o algo similar. El caso es que el suceso se clavó en él como una espina para toda la vida y para su muerte quiere el mismo lugar donde nació.

—Se va sintiendo viejo *sensei* Mifune y quiere un islote para ser enterrado, ¿eh?

—Eso es. Fred Lupone me va a matar sí me encuentra, he hablado demasiado.

—No te apures, no te hará nada.

El coche entró en el área de *parking* del aeropuerto. Algunos aviones estaban dispuestos para despegar.

—Savage, no me dejes ahora —pidió la mujer.

—No temas, no te voy a dejar. ¿Dices que tienes los billetes de avión?

—Sí, los he encargado por teléfono, sólo hay que ir a recogerlos a la oficina de Iberia.

—Bianca, estaba seguro de que no serías capaz de golpearme.

—Sin embargo, sí fui capaz de rociarte con el narcótico, en la playa. Nunca podrás perdonármelo.

Savage pasó al asiento delantero del auto. Rodeó la cintura femenina y la atrajo hacia sí, buscando su boca con los labios mientras sus dedos la tomaban por los senos. Ella comenzó a estremecerse. Todavía había tiempo para tomar el avión...

CAPÍTULO X

Llamó al timbre del apartamento romano. Bianca, a su lado, se mostraba impaciente. Al fin, se abrió la puerta y apareció Juanito Chancleta.

— ¡Hola, Savage! Te estábamos esperando.

—Bianca, te presento a mí amigo Juanito Chancleta. Es el mejor repórter gráfico y filmador que conozco.

—Pasad, pasad.

Dentro de la salita estaba la filmadora montada sobre el trípode. Juanito se movía allí con plena naturalidad.

— ¿Lo habéis filmado todo? —inquirió Savage.

—Sí.

— ¿Cuándo veremos las pruebas?

—A las cinco de esta tarde, en la sala Sbáttere. Ya está revelado, creo que ha salido perfecto.

— ¿Han llamado los de la RAI?

—Sí, están impacientes por la *bomba* que les va a proporcionar M. P. Savage.

—Bien, Juanito. Venimos un poco cansados.

—Pues aquí podéis descansar; llamando por teléfono traen todo lo que os apetezca.

—A mí me hace falta comprar ciertas cosas muy propias de mi sexo —dijo Bianca, sonriendo.

—Pues si bajas a la calle, a pocos metros encontrarás un supermercado.

—Entonces, me voy, enseguida vuelvo.

A las cinco de la tarde entraron los tres en la sala Sbáttere. Estaba iluminada y Savage, Juanito y Bianca, fueron los primeros en llegar. Al poco se presentó un cámara con un rollo de película metido en una caja metálica.

— ¿Quién es Savage? —preguntó, con indiferencia.

—Yo.

—Entonces, tendrá que Armarme esta hoja por triplicado, cosas de la burocracia.

Se dirigió a la cabina para montar el rollo cuando entraban en la sala Ricky, el gigante japonés, y su protegido el futbolista Gino.

Gino reconoció de inmediato a Bianca y corrió hacia ella, gritando:

— ¡Maldita arpía, fue ella, ella!

— ¡Quieto, Gino, quieto! —le contuvo Savage, interponiéndose

entre ambos.

— ¡Fue ella, ella! —chillaba.

Ricky le cogió los brazos por detrás, alzándolo en el aire donde Gino pateó en vano.

—Tranquilo, Gino, tranquilo —le pidió Savage—. Bianca se ha puesto de nuestro lado.

— ¡Fue ella quien nos hizo filmar los malditos contratos y le partió la pierna a Sardo!

—Yo no fui —replicó la joven.

— ¿Quién fue, entonces, quién golpeó a Sardo?

—Fue Yama Karo.

— ¿Y quién es ese condenado Yama Karo?

—Un sicario a sueldo de Fred Lupone —aclaró el propio Savage—. ¿No es así, Bianca?

—Sí.

— ¿Seguro que fue él quien le partió la pierna a Sardo? —insistió Gino.

—Sí, puedo jurarlo.

— ¿Y Piero?

—También fue Yama Karo.

— ¿Ese tipo lo hizo todo? —gruñó Gino, siempre suspicaz.

—Recibía órdenes de Fred Lupone.

— ¿Y le golpeó para matarlo a plazo fijo?

—Sí.

— ¿Y cómo demonios se, hace eso de matar a plazo fijo? —masculló Gino.

—Es una técnica de golpear destrozando un órgano, Savage lo sabe.

—Sí, pero mejor se lo aclaras tú misma —repuso Savage.

—Pues, digamos que la técnica se llama *sho-nen-goroshi* y consiste en golpear en un órgano vital. La víctima apenas se da cuenta y después muere a plazo fijo.

— ¡Vosotros impedisteis que ganáramos a Alemania en Londres; nuestra selección perdió porque golpeasteis a Piero para matarlo y a Sardo le rompisteis la pierna!

—Eso fue orden de Lupone.

— ¡Tengo ganas de echarme a la cara a ese cerdo de Lupone! —rugía Gino.

— ¡Eh, los de ahí abajo! ¿Puedo empezar a pasar el rollo? —preguntó el cámara desde la cabina de proyección.

— ¡Adelante! —le dijo Savage.

Se apagaron las luces generales de la sala, se encendió el proyector y en pantalla apareció Gino, diciendo:

—Soy Gino, el futbolista, todos en Italia me conocéis y os voy a mostrar fotografías de otros, futbolistas compañeros míos, especialmente de Piero Tritone, el gran Fiero que agoniza en una clínica... Os preguntaréis qué hago aquí, por qué os hablo a todos. Es fácil, tengo un amigo que se llama Moses Pacific Savage, un reportero libre que me ha pedido que haga esta denuncia a través de televisión, para que nadie siga pagando el *racket,* la extorsión a que nos tienen sometidos unos sucios hampones internacionales... Sí, vengo a contaros que si nos negamos a pagar la cuota de extorsión, como en tiempos de Al Capone se hacía en Chicago, nos rompen las piernas o nos golpean para matarnos. Savage, este gran amigo que ha tirado de la manta, ha conseguido descubrir la falsedad de la Aseguradora La Valetta. Ha averiguado que los nombres de la sociedad anónima corresponden a hombres muertos y que el verdadero padrino de este repugnante negocio tiene una cuenta cifrada en Suiza, es la A-182-B-222-CS. Como Savage no se detiene ante nada, consiguió averiguar que esa cuenta pertenecía a Fred Lupone. Él es el hombre que nos extorsiona y yo pido a todos los futbolistas, tenistas, boxeadores, deportistas en general, a los actores de cine, a los cantantes, que no paguen más. Todos juntos, si no pagamos, seremos fuertes y él caerá; se esconda donde se esconda, caerá. Ya no nos chupará más la sangre...

Dejaron de prestar atención a la filmación porque la luz se abrió bruscamente y en la pequeña sala de proyección para trabajos privados aparecieron Fred Lupone, Yama Karo, *sensei* Mifune y cinco *karatekas* más, armados con *nunchakus.*

— ¡No habrá ninguna denuncia! Te creíste demasiado listo, Savage y sólo eres un ingenuo.

— ¿Por qué, Lupone? Te he descubierto, estás denunciado.

— ¡Ese reportaje todavía no ha pasado por televisión!

— ¿Y quién va a impedir que se proyecte, Lupone?

— ¿Quién? ¡Estos son mis poderes! —Y mostró a los *karatekas.*

—No son demasiados, Lupone —le replicó Savage con helada indiferencia.

Gino intervino furioso, preguntando:

— ¿Usted es el que nos ha extorsionado a todos con el cuento de los seguros de La Valetta?

— ¿Quién es este imbécil? —gruñó Lupone.

—Es Gino, un futbolista, el que estaba en pantalla —aclaró Savage.

— ¿Crees que tengo tiempo de verle la cara a todos los imbéciles que me pagan?

— ¡Usted es un cochino *racketero!* —clamó Gino.

—¡¡Esto te costará muy caro, estúpido!

— ¿Caro, y lo de Piero? ¡Usted lo ha matado!

—No, no puede haber muerto aún... Fue ejecutado a plazo fijo, un año. ¿No es eso, Yama Karo?

El interpelado asintió.

—Sí.

—Una pena, Bianca —suspiró Savage.

— ¿Por qué? —interrogó la muchacha, con expresión de desconcierto.

—Porque tú me has traicionado, le has dicho a Lupone que estaríamos en esta sala.

Él ya se nos adelantó llegando a Roma por otra vía.

— ¿Creías que la habías conquistado? —se rio Lupone cínicamente, seguro de sí.

—Lo siento, Savage, pero yo tengo unos gastos y no puedo ya pasar sin ellos.

—No digas que lo sientes, Bianca, y la verdad, tampoco me engañaste en ningún momento. Siempre he sabido quién eras y lo que hacías.

—Entonces, ¿por qué has caído en la trampa?

— ¿De veras crees que me he dejado engañar, que realmente pensé que me sacabas de Residencia Soleada para librarme de Lupone?

—Claro que te lo creíste...

—Te equivocas, preciosa Bianca, no me lo creí. Soy algo receloso y nunca me he fiado de ti, pero necesitaba darme cuerda, tenía que dejar que trajeras a Lupone hasta aquí... Si tú me tendías una trampa, yo debía prepararte otra, a mí vez. La verdad es que estaba preparada de antemano; sabía que esto terminaría así. Lupone no es más que un estúpido que se cree astuto porque ha conseguido engañar a algunos tontos, pero sólo a tontos —puntualizó Savage.

—Bianca, ¿qué significa esto? —gruñó Lupone, ensombreciendo su rostro.

—No sé nada, Lupone.

— ¿Es que no se dan cuenta? Lo difícil era que la justicia de algún país concreto pudiera atraparle, pero al fin ha caído, está en Italia y será la justicia italiana quien le meta en la cárcel.

— ¿A mí a la cárcel? ¿Y bajo qué cargos?

—Extorsión, lesiones físicas, asesinato... En fin, el fiscal sacará un buen repertorio de cargos. Ha perdido, Lupone.

— ¿Perdido? ¿Crees que me voy a tragar eso?

— ¡Ya pueden levantarse! —exclamó Savage alzando su voz.

De debajo de las primeras filas de butacas aparecieron varios agentes de policía italianos que se pusieron en pie. Uno de ellos,

conminó:

— ¡Qué nadie se mueva, quedan arrestados! ¡Soy el comisario Boltone! —miró a Savage y le dijo—: Gracias, nos ha facilitado un gran trabajo. Hace tiempo que habíamos recibido denuncias contra esta organización; ahora ya les tenemos y con confesiones, de las cuales hemos sido testigos directos.

— ¡Maldita sea, es una trampa! —rugió Lupone.

Bianca quiso correr hacia la salida, pero Ricky la atrapó, elevándola en el aire con su fabulosa fuerza e impidiendo que escapara.

— ¡Suéltame, maldito japonés, suéltame! —pataleó la chica.

Yama Karo, viéndose perdido, pues él era el ejecutor de las sentencias a muerte, se lanzó contra Savage con la intención de aplicarle un golpe de las artes secretas del *hiho,* lo que equivaldría a una ejecución a plazo fijo.

Savage esquivó el impacto y acordándose del consejo que le diera el sabio *sensei* Wiekong, se defendió y atacó con *Kung Fu.*

Giró sobre sí mismo, abrió las manos en arco y luego las cerró. Atacó en punta con tres golpes secos sobre el tórax del sorprendido Yama Karo que se desplomó al suelo mientras los agentes se enfrentaban a los otros *karatekas* armados con *nunchakus.*

Sonaron dos disparos y unos silbatos...

La salida quedó cubierta por unos carabinieris de paisano, que aparecieron copando la salida.

Unas esposas se cerraron en torno a las muñecas de Fred Lupone y de la bellísima Bianca, que mirando a Savage le increpó:

— ¡Te odio, te odio!

—Cuando salgas de la cárcel te vendré a buscar y te llevaré a Liberty Garden para que veas que otros aprenden las *Artes Marciales Orientales,* pero no para aplicarlas como tú haces.

También se cerraron las esposas en torno a las muñecas resecas del *sensei* Mifune que mostraba una media sonrisa en su boca y una expresión de profundo hundimiento.

Gino se frotó las manos, satisfecho.

— ¡Lo conseguiste, Savage!

EPILOGO

Moses Pacific Savage aguardaba a la salida de la cárcel romana de Regina Cecil. Vio aparecer a *sensei* Mifune, que quedaba libre, y se le acercó.

— ¡Hola, Mifune! ¿Cómo ha ido la prisión?

—Eres el diablo encarnado, Savage.

—Venga conmigo. Ha tenido mucha suerte de que no encontraran forma de encarcelarlo como a Lupone y los otros.

—Yo no he hecho nada.

— ¿Nada, y ha enseñado las técnicas del *hiho* a unos asesinos pagados?

Sensei Mifune se dejó introducir en el coche. Nadie lo esperaba, y de allí fueron al aeropuerto de Fiumicino.

Savage le preguntó:

— ¿Tiene el pasaporte en regla?

—Sí.

—Le voy a llevar a su destino.

— ¿Y cuál es mi destino, si yo puedo saberlo? —preguntó sonriendo.

—El que ha sido siempre, Bianca me lo contó.

Mifune se encerró en un hermético mutismo, no quiso volver a hablar.

Llegaron al aeropuerto y se dejó conducir por Savage que, tras salvar los trámites policiales, se dirigió a la *Spirit of Samurai.* Dentro de la avioneta esperaba un hombre, era el *sensei* Wiekong, ya muy recuperado.

Los dos ancianos maestros nada se dijeron y la *Piper-Jet* rodó hacia la pista. Remontó el vuelo alejándose de Roma y el viaje se hizo largo. Pasaron horas y horas hasta que Savage dijo a Mifune:

—Póngase el cinturón de seguridad, voy a aterrizar *y* el lugar es un poco duro.

La *Piper-Jet* fue perdiendo altura y velocidad, hasta tocar tierra en una zona muy abrupta. Al fin, la gran habilidad de Savage se puso de manifiesto y consiguió detener el reactor.

—Ha llegado a su destino, Mifune.

— ¿Dónde estoy?

—En una isla solitaria. ¿No es lo que deseaba para su muerte?

— ¿Es una isla del Japón?

—No, de Oceanía o quizá del este de África... ¿Qué más da que

sepa dónde se encuentra, Mifune? Aquí puede quedarse hasta la muerte, le tenía reservada esta pequeña sorpresa. Aquí no podrá enseñar a nadie a matar.

Colocó a Mifune fuera del *Spirit of Samurai* y luego volvió a cerrar la portezuela, comenzando a rodar para remontar el vuelo, lo que hizo al llegar al acantilado. La *Piper-Jet* quedó suspendida en el vacío como si acabara de despegar de un portaviones.

Mientras, en la isla quedaba Mifune con los puños cerrados y lanzando maldiciones.

— ¿Se hará el *harakiri?* —preguntó Savage.

Wiekong respondió:

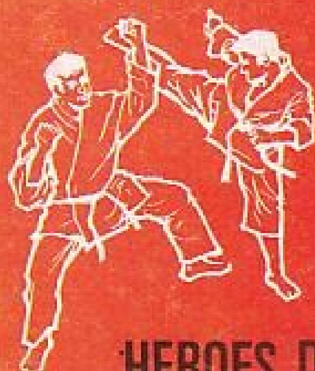
No tiene la *katana* ni el *wakizashi,* y matarse golpeándose la cabeza contra las piedras no es ningún honor para un hombre como él. Le has encontrado un sabio castigo, Savage, la soledad hasta la muerte.

—Y ahora, nosotros a Liberty Garden.

El *Spirit of Samurai* prosiguió su vuelo, perdiendo de vista la isla solitaria donde el maestro de las técnicas secretas del *hiho* quedaba encerrado y solo, hasta la muerte.

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:



¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España